

SANGRE Y ARENA

Ediciones
BISTAGNE

MANZ
DE
MORALEJA



1

SANGRE Y ARENA

9

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 4425 A. - BARCELONA

SANGRE Y ARENA

Extraordinaria producción cinematográfica, inspirada en la novela del
malogrado novelista

DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Es un film PARAMOUNT

DISTRIBUÍDO POR

PARAMOUNT FILMS, S. A.



Argumento narrado por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE y ANDRÉS BAYÓN

REVISADO POR LA CENSURA

INTÉRPRETES

Viuda Gallardo	ROSE ROSANOVA
Antonio, el talabartero . . .	LEO WHITE
Encarnación	ROSITA MARSTINI
Juan Gallardo «Zapaterín» .	RODOLFO VALENTINO
«Plumitas»	WALTER LONG
Carmen	LILA LEE
Don Joselito	CHARLES BELCHER
Don José	FRED BECKER
«El Nacional»	GEORGE FIELD
«Potaje»	JACK WINN
«El Puntillero»	HARRY LAMONT
«El Garabato»	GILBERT CLAYTON
El doctor Ruiz	SIDNEY GRAY
El marqués de Moraima .	GEORGE PERIOLAT
Doña Sol	NITA NALDI

En todas partes del mundo la crueldad del hombre se disfraza bajo el nombre de deporte y desde los más remotos tiempos la humanidad se ha congregado para presenciar la lucha entre seres humanos y fieras.

La pasión por las corridas de toros es innata en los españoles. Una herencia del barbarismo, y sus héroes encarnan la valentía de los caballeros de la antigüedad.

Nuestra historia es la de un torero, hijo del pueblo, que se convierte en ídolo.

SANGRE Y ARENA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LO QUE HA DE SER

La viuda Gallardo hablaba malhumorada con una vecina en la puerta de su tienda de zapatero remendón. El difunto Gallardo se ganaba la vida dejando como nuevo lo viejo, pero desde que se marchó de este mundo su clientela desertó del puesto que él acreditara, pues no había manera de conseguir un poco de seriedad por parte del heredero.

Este era Juan, hijo del desaparecido zapatero, un muchacho tan travieso como simpático, un adolescente con muchas ilusiones y relleno de valentía.

A Juan no le podía caber en la cabeza que él tuviera que conti-

nuar el negocio de su padre, y, para demostrar de un modo que no dejase lugar a dudas su aversión a tal oficio, abandonaba a menudo su casa sin preocuparse de la hora de regreso.

El enojo de la viuda Gallardo era aquel día producido por el mismo motivo que otras veces, o sea por la ausencia de su hijo.

—No se haga usted mala sangre... Está visto que el mocito no sirve para zapatero. Le ha dado por los bueyes. A otros les da por algo peor—le dijo la vecina.

—¡Si su padre viviese!

—Sujétele fuerte las riendas. Hay que saber imponerse.

—Ya verá usted cómo lo pongo en cuanto vuelva.

En tanto, en la misma calle, Antonio, el talabartero, yerno de la viuda Gallardo, le sacaba brillo a un correaaje. Su esposa Encarnación apareció ante él, y, sin interrumpir su trabajo, Antonio le dijo mostrándole el arreo:

—Me parece que el momento de hacerle a tu madre un regalo como este no puede ser más propicio. ¡Mira que tu hermano merece más azotes!

—¡Y que lo digas! Si nuestra madre no se muestra rigurosa con él, Juan está perdido.

—¡Si yo fuese algo más que cuñado, ya verías tú si el golfo ese se enderezaba!

Encarnación se encogió de hombros. Nadie de la familia podía ya con Juan. El vago seguía un destino que había de conducirle a los mayores fracasos. ¡Allá se las compusiera, pues, con sus tontearías! Lo único que la preocupaba eran las angustias por que pasaba su madre.

Ajeno a cuanto no fuese su ilusión juvenil, Juan Gallardo de-

ramaba sus risas y sus canciones de esperanza por las polvorientas carreteras vecinales, llevando con su caudalosa fantasía el pobre bagaje, que para él era un tesoro, de un fenómeno tauromáquico en embrión.

Le acompañaban en sus esbozos en el arriesgado arte del "Espartero" dos camaradas, dos farolillos que aspiraban, como él, a convertirse en refulgentes focos que deslumbrasen al mundo entero con sus proezas en el ruedo dorado.

El sol tostaba sus rostros, y los muchachos recibían agradecidos aquella caricia celeste que nunca más habría de faltarles, pues era la luz que iluminaría sus triunfos.

El aire caldeado besaba sus mejillas, como anticipo del sabor de los aplausos que los estimularían en sus proezas frente a los cornúpetos.

Y sus corazones brincaban con pueril entusiasmo, como delante de la diosa Fortuna abriéndoles amorosamente los brazos.

Se dirigían a una capea.

Al llegar a destino presentóse Juanito con sus compañeros en el

redondel improvisado con carros, toneles, cajas, tablones y maderos y otras extravagancias, y, después de haber colocado en el centro del ruedo sus capas, dirigió la palabra a los espectadores, invitándoles a arrojar sobre ellas algunas monedas, como pago de la diversión que iban a proporcionarles.

La colecta fué halagüena, y, acicateados por la generosidad del buen público, los futuros terremotos se dispusieron a lucirse por todo lo alto.

La capea tuvo momentos de gran emoción, como si se tratase de una corrida poco menos que real, y los espectadores no escatimaban sus ovaciones a los valientes torerillos.

Desde un promontorio cercano al lugar de la fiesta un hombre contemplaba a Juanito con admiración. Entendía en tauromaquia y le auguraba un buen porvenir por su elegante estilo y arrojo.

Ese hombre era "Plumitas", un bandido reclamado—sin resultado—por la justicia.

La simpatía con que el perseguido por la ley miraba a Juanito

se basaba, sin duda, en el reconocimiento de que la profesión de bandido es parecida a la de torero, puesto que ambos arriesgan la vida para ganarse el sustento.

De pronto los músculos del curtido rostro de "Plumitas" se contrajeron en una horrible mueca.

¿Qué había ocurrido en el ruedo?

¡Una grave cogida!

Uno de los compañeros de Juanito había sido alcanzado en la ingle por el novillo y fué aparatosamente derribado en tierra, de donde, por más esfuerzos que hizo, no pudo moverse.

Mientras el otro compañero se hacía con el toro, Juanito y unos hombres sacaron del redondel al herido; y, furioso por aquella desgracia, "Zapaterín" cogió los trastos de matar y reapareció en el ruedo, para encargarse de acabar con el bravo cuanto antes, para vengar a su amigo.

El público, olvidándose presto, ante el matador, del herido, insaciable en su instinto de lucha, concentró toda su atención en "Zapaterín".

Éste hizo maravillosas filigranas con su enemigo, y a continuación de una vistosa serie de pases de muleta clavóle una estocada magistral.

El entusiasmo del público fué indescriptible, pero Juanito, subtrayéndose a la merecida ovación, corrió a reunirse con el herido, que agonizaba.

—¡Compañero! — gimió, emocionado, arrodillándose junto a él y abrazándole.

El muchacho le miró con ojos en los que el velo de la muerte ponía tonalidades vidriosas y balbució, esforzándose por sonreírle, cual si no le pesara morir por morir, sino por dejarle.

—Adiós, "Zapaterín". Te quedas sin "Chiripa".

—¡Oh, no digas eso, hermano! — sollozó Juanito.

Pero "Chiripa" no mentía. Ce-

saron de mirar sus ojos y rompióse su corazón.

Y Juanito, persignándose con unción, quedó abrazado al cuerpo inerte y maltrecho del infeliz soñador.

En el jardín de la quimera se apagaba un farolillo, pero asomado al inaccesible balcón, rasgándolo todo, implacable, dominador, el sol seguía brillando esplendorosamente, posando sus labios de fuego en el dormido rostro de su ahijado...

Un escalofrío de horror estremeció a los espectadores cuando conocióse la trágica noticia; pero pronto olvidóse al vencido, emergiendo del seno de todos los comentarios, inconscientemente acaso, pero de un modo aplastante, la figura arrogante del vencedor.

El contraste no podía ser más bárbaro.

* * *

Hacía cinco días que la viuda Gallardo no sabía una palabra de su hijo.

En su casa, con Encarnación y Antonio, cada uno de los cuales mecía en sus brazos un tierno retoño que Dios les regaló para que tuvieran un entretenimiento en sus horas de ocio, se lamentaba de la conducta del ausente.

Antonio y Encarnación eran partidarios de un trato durísimo con el golfo y no se lo ocultaron a la madre. ¡Era preciso cortarle las agallas al mocito!

Juanito estaba al llegar.

Los vecinos, al verle, se mira-

ron entre ellos como diciéndose que habría "juerga" en casa de la viuda.

Cerca de su hogar, Juan, lleno de melancolía, porque tenía una pena muy honda en su pecho, acarició a una cabra y, llevado de sus buenos instintos, le dió una mata de rábanos que hurtó de una cesta que llevaba colgando de un brazo una vecina en parloteo con otra.

Cumplida esa buena acción, "Zapaterín" avanzó hacia su retiro y al ir a empujar la puerta oyó la siguiente amable frase que su cuñado Antonio le dedicaba:

—Lo que le conviene al muchacho es una buena paliza.

A Juanito no le hizo precisamente gracia tal recomendación, pero como conocía a sus hermanos no le dió importancia y empujó la puerta, apareciendo ante ellos y su madre, envolviendo a ésta en una cariñosa sonrisa.

La viuda, resuelta a dar un castigo al hijo pródigo, armóse de una escoba y esgrimiéndola con ánimo de descargársela encima a Juanito, exclamó:

—¡Ven acá, grandísimo holgazán!

Los hermanos optaron por retirarse, y, al salir, Encarnación aconsejó de nuevo a su madre que pegase duro, en nombre de todos.

La buena mujer persiguió a Juan para propinarle algunos escobazos, y cuando ella hubo satisfecho su deseo, el muchacho murmuró tristemente durante la tre-gua que siguió al reparto de golpes:

—Madre, "Chiripa" ha muerto.

—¡Jesús!—exclamó la viuda—.

¡Pobre "Chiripa"!

Persignése y rompió a llorar.

—No llore usted, madre. Yo he vuelto.

—Pero, Juanito, ¿no ves que yo no vivo pensando en que cualquier día te puede coger a ti también un toro?

—No tema usted, madre.

—¿Por qué no eres zapatero como tu padre? Toreando no tendrás nunca un chavo.

—¡No voy a tenerlo si ahora mismo le traigo a usted éstos!

Y Juan, satisfecho, mostró a su madre las monedas que llevaba en un pañuelo.

—¡Mira cuánto dinero, madre!

—¡No lo quiero! ¡Este no lo quiero!

—Tómelo usted, mujer, que ha sido bien ganado. Y algún día, madre mía, vivirá usted en una casa hermosa e irá en coche y llevará cada pañolón de Manila que quitará el sentido.

—¡No! ¡Nunca! ¡Deja el toreo, Juanito!

—Eso está en mi sangre, madre. Ya verá usted como algún día yo seré "alguien".

—¡Qué tormento, Señor! ¡Y cómo vienes! ¡Trae acá la pierna,

que te cosa ese desgarró del pantalón en la rodilla!

—¡Mi buena madre!—musitó “Zapaterín” mientras la amante mujer le cosía el enorme siete que a lo menos sumaba cuatrocientos.

Y la viuda, que adoraba al iluso, seguía derramando lágrimas en silencio. Nada quería para ella. Todo para él. ¡Que la Macarena guiase sus pasos!



AMOR Y GLORIA

Las hazañas del "Zapaterín" habían recorrido toda Sevilla. Giraban los comentarios alrededor de la vida de aquel alegre mozo que entusiasmaba al público en las capeas, en las improvisadas plazas de los pueblecitos andaluces, rodeadas de una multitud fanática, embriagada de valentía y de sol. Y desafiando el peligro, arrimándose valerosamente a los toros el bravo muchacho iba cosechando la siembra rápida de la popularidad.

Llegó un día en que Juanillo pudo ver satisfecha la cara ilusión de su vida juvenil. Ya no era el chiquillo desarrapado que se exponía a la muerte de un modo anó-

nimo y obscuro: iba a debutar como novillero en la misma plaza de toros de Sevilla.

Y a primera hora de la tarde, cierto día "Zapaterín" apareció ante su madre vestido con su primer traje de luces.

Unos amigos le aguardaban en la calle para acompañarle a la corrida. Iba a señalarse una efemérides en la vida de Juanillo. Si triunfaba la ruta sería fácil, emulando a los grandes lidiadores; pero si realizaba una faena vulgar, se hundiría su nombre en la lista interminable de los que no logran vencer.

Su madre le contempló asom-

brada, pasando febrilmente sus ojos por aquel uniforme de luz.

—Madre, ¿no vas a desearle suerte a tu hijo?—le dijo el mozo.

Un sentimiento de tristeza invadió a la mujer viendo a Juanillo convertido ya en un novillero “serio”. Movi6 la cabeza tristemente y repuso:

—La suerte que te deseo es que sientes la cabeza. Un traje de luces de ocasi6n no hace el torero...

Por su alma de mujer del pueblo había pasado la larga serie de incertidumbres de que est6 constantemente rodeada la vida del aspirante a la gloria. ¿Llegaría a la cima de sus ensueños al igual que los célebres toreros a quienes Sevilla y España entera aclamaban como a sus ídolos? Un extraño temor la hacía vacilar. Temía el fracaso del mocito, que habría de volver derrotado para dedicarse de nuevo a las tareas humildes que no debió abandonar. ¡Y si fuera únicamente el fracaso! Pero la profesi6n era arriesgada, peligrosa, y muchos no habían regresado nunca, quedando exánimes sobre la arena ardiente del circo, como

aquel pobre “Chiripa”, sacrificado en la tarde de sol a un heroísmo inútil... ¡Ay, su Juanillo! ¡Si le pasase algo!

Pero el muchacho parecía personificar la vida y agregó:

—No tema usted, madre... Oirá usted desde aquí los aplausos y las ovaciones a mi faena.

—¿Qué sabes tú? ¿Quién te metió en la cabeza esas mentiras?

Dolorido porque la vieja dudaba de su éxito, Juanillo se despidió de ella y salió a la calle, con el alma ligeramente contraída por la tristeza. Dos amigos le rodearon, marchándose con él hacia la plaza. ¡Se acercaba el momento, Juanillo! ¡A quedar como los hombres!

Encarnaci6n y Antonio, su marido, vieron pasar al rumboso muchacho, y procuraron esquivar su encuentro, evitando dirigir la palabra al “Zapaterín”.

Antonio, que llevaba uno de sus hijitos en brazos, lo entreg6 a Encarnaci6n, que sostenía ya al otro pequeño vástago, y dijo:

—Voy a la corrida a tirar al-

guna fruta a tu hermano. Supongo que habrá lluvia de ellas.

—Tírale una de mi parte—contestó la mujer, burlona.

Y el talabartero se dirigió hacia

el circo, gozando de antemano con el fracaso de su cuñado... ¡Creerse torero aquel infeliz! ¡Qué absurdo! ¡Zapatero... a tus zapatos!



* * *

Las campanas de la Catedral anunciaron el paso de las horas de aquella tarde inolvidable. Y marcaron en la gran pizarra del tiempo la aparición de un nuevo astro en el arte de "Cúchares".

La plaza se venía abajo, estremecida por el rugido de una plebe que ama por igual los encumbramientos súbitos y las derrotas definitivas...

Juanillo realizó prodigios de filigrana y valor y el "respetable" llenó el ruedo de sombreros, aclamando al nuevo sol de la torería.

Los aplausos emocionaban al joven abriendo en su alma todas las puertas del entusiasmo. No temió las puntas aceradas de los cuernos y su cuerpo ágil rozó esos pu-

ñales movidos por la ciega acometividad de la fiera.

Terminada la corrida las gentes rodearon al nuevo ídolo, aclamándole sin cesar, mientras algunas mujeres se dirigían rápidamente a casa de la viuda Gallardo a comunicarle la buena nueva del éxito.

—¡Nunca se ha visto tanta valentía en este mundo!—dijeron.

—¡Juanillo es un prodigio del cielo!

—¡Bendita sea la mamá de este mozo!

Y aturdían a la buena mujer con el entusiasmo febril y nervioso de que estaban poseídas. ¡Si le hubiera visto! ¡Qué valentía ante el toro! ¡Una maravilla sin rival!

—¡Bien por Juanillo!—decían.

La viuda no contestó, abrumada por aquel diluvio de palabras. Entonces, ¿era verdad que Juanillo tenía efectivamente alma de torero? ¿Había nacido acaso para saborear el néctar de la fortuna y la gloria? Y una gran alegría prendió en su corazón ante el triunfo del arrogante muchacho.

Llegó un coche ante la modesta tienda. Iban en él Juanillo y su cuñado Antonio. Inmediatamente se vieron rodeados de todas las gentes del barrio, que aplaudieron incesantemente al novillero... Todos los rostros brillaban de satisfacción, como si cada uno experimentase algo del éxito de Juanillo.

Antonio, radiante de contento, dijo al bajar del coche y separando al gentío que se apretujaba para ver a "Zapaterín":

—¡Paso al gran espada, el primero de España! ¡Es mi cuñado! Sonreía con inmenso aire de satisfacción. ¡Ah, demonio, lo que podía la gloria! Todas sus prevenciones habían desaparecido, considerándose ahora muy honrado con

que formara parte de su familia aquel muchachito prodigioso. ¡Lo mejor de lo mejor! ¡No lo había igual en la tierra!

Juanillo, sonriente, alegre, saludó a las buenas gentes de su barrio. Hombres y mujeres que antes se habían reído de él no considerándole capaz de otra cosa que de torear en las capeas, ahora le aplaudían, piropeándole graciosamente con las imágenes sencillas y graciosas del lenguaje popular. Algunas muchachas le contemplaban con extraño éxtasis, sintiendo por él la admiración que inspiran a las mujeres los vencedores.

—¡Ni más ni menos que lo que yo decía!—comentaba el cuñado dirigiéndose a la gente—. Se ha portado que ni Roger de Flor...

Juanillo recogió las miradas bondadosas y suaves de todos y se fijó de pronto en las pupilas dulces de una mujer joven y bonita que le miraban con una dulzura cariñosa. La muchacha le tiró una flor que Juanillo estrechó entre sus manos. Luego sonrió agradeciendo la ofrenda delicada y pura.

El novillero apartó la vista de

la admiradora para posarla en otros ojos de mujer que le contemplaban también con extraño anhelo... ¡Eran los ojos de su madre!

La viuda había aparecido ante él, en la puerta de la casa, mientras la gente escuchaba en grupo aparte el relato que hacía Antonio del éxito indiscutible de su cuñado.

Juanillo avanzó hacia la vieja y la estrechó en sus brazos.

—¡Madre mía!

—¡Hijo mío, Juanillo, si tu padre levantase la cabeza!...

Reía y lloraba, con esa alegría nerviosa que hace saltar lágrimas... Además, aquella gloria inesperada de su Juanillo le recordaba lo dichoso que hubiera sido su marido, de haber presenciado el triunfo del muchacho. Y luego... también sus lágrimas significaban temor, cobardía. ¡Aquella profesión de torero tenía tantos riesgos! Se vivía en un continuo peligro y las tardes de toros eran para las pobres madres de los lidiadores, interminables horas de duda y ansiedad. ¿Volvería el hijo?

Abrazó y besó de nuevo a Juanillo, queriendo apartar de su imaginación aquellos melancólicos pensamientos para dejar paso a la felicidad de una madre que ve el triunfo de su hijo.

—¡Mi Juanillo!

El torero enjugó sus lágrimas y dijo, emocionado:

—No llore, madre, que si tengo suerte cumpliré todas mis promesas.

Y mientras abrazaba a la vieja se fijó de nuevo en la muchacha que le había dado una flor.

La joven avanzó hacia él tímida y delicada como la misma florecilla roja que el torero conservaba en sus manos, y Juanillo pareció vacilar como si no recordara bien de dónde conocía a aquel capullo de vida.

—¿No te acuerdas de Carmenita? — explicó la viuda Gallardo—. Ha regresado del colegio hace una hora, mientras tú estabas fuera...

—¡Vaya si me acuerdo! ¡Carmen! ¡Mi amiguita de la infancia!

Y tomó y estrechó la mano de

la jovencita, que dijo tímidamente:

—¡Juanillo! Me alegro de haber llegado precisamente en este día de tu triunfo.

—Estoy muy contento, Carmen-cita... ¡Verás qué pronto mi nombre está en todas las plazas de España!

Y él evocó en breves palabras ante la linda amiguita, una vecina de sus juegos infantiles, los días lejanos de la niñez, cuando iban juntos los dos a leer las carteleras que anunciaban las corridas. Carmen escuchaba ahora la narración del mozo, y pensaba que ya entonces había tenido inconscientemente el presentimiento de que llegaría un día en que el nombre de Juanillo había de aparecer al lado de los toreros consagrados.

Mientras hablaban, él iba acariciando la flor, y Carmen hizo ademán de querer arrebatársela. Pero Juanillo, sonriente, apartó la delicada mano. ¡No, Carmen! ¡Aquella ofrenda ya no se la quitaba nadie, nadie!

Luego Carmen, siempre tímida y dulce, se despidió de Juanillo y

de su madre, dirigiéndose hacia la cercana casa que habitaba con sus familiares.

Juanillo quedó contemplándola, al marcharse, con cierta emoción. Viéndola a ella, de repente se llenó toda su imaginación de dulces recuerdos y olvidóse de la embriagadora gloria que le había apresado en su dorada mansión. Y aspiró con deleite la flor regalada... y creyó llenarse de todo un ambiente juvenil en que se mezclaba también aroma de campos de su tierra.

Luego sonrió al escuchar las palabras de Antonio, que no cesaba de alabarle entre los grupos de admiradores.

—Yo y mi mujer—decía el talabartero—siempre creímos que Juanillo llegaría y le hemos ayudado mucho.

Se echó a reir Juanillo recordando cuán diferente era pocas horas antes el parecer de aquel hombre, y acariciando de nuevo a su vieja madre se adentró con ella hacia el hogar, soñando con el nuevo sol de la gloria que le brindaba su fuego.

* * *

Y pasaron los días y los meses. Juanillo triunfaba. A una novillada siguió otra y el muchacho libó los néctares del triunfo...

Y en una tarde de oro y seda, bajo el tapiz maravilloso del cielo andaluz, tomó Gallardo la alternativa de manos de un torero famoso.

Se convertía en un astro de primera magnitud, en un dios del circo.

En el mismo barrio donde tenía su tienda la viuda Gallardo vivía don Joselito, un filósofo solitario.

Este pensador se rodeaba en su despacho de reliquias extrañas

que atestiguaban la crueldad del hombre. Instrumentos de tortura de las antiguas edades, aparatos de suplicio para los que tenían la desgracia de caer en algún hecho delictivo.

Sobre la mesa de don Joselito estaba un cráneo humano que le recordaba siempre lo deleznable y baladí de una existencia que ha de acabar en polvo.

Don Joselito investigaba en el corazón del hombre, siempre dispuesto a disculparle, y en un gran libro anotaba algo de las vidas de aquellos que le interesaban.

Recluido en su hogar, especie de torre de marfil, veía las pasiones

del mundo a través de sus ojos de soñador. Le parecían ridículas las luchas y ambiciones de los hombres que envenenan su sangre y su vida para defender aquello que es simplemente materia. Él hubiera querido que la humanidad se compusiera de gentes que rindieran culto a las pasiones del alma, y veía con dolor cómo los humanos seguían siendo juguetes de los caprichos y tiranías del egoísmo. Pasaban las generaciones... y nadie mejoraba de su condición.

Las existencias de la gente de su barrio, pequeño mundo, miniatura al fin y al cabo de otros mundos que ampliados se repiten sin cesar, le interesaban y en su gran libro de recuerdos comentaba los diferentes vaivenes de la vida de sus semejantes.

Conocía de antiguo a Juanillo. Había seguido paso a paso los relatos de sus primeras y torpes

faenas en los pueblos hasta convertirse en el torero que tenía ya el sello de una personalidad indiscutible. Muchas veces temblaba por él...

Cierto día escribió don Joselito sus impresiones en aquel libro donde vertía su humana inquietud.

Juan Gallardo ha llegado a la cumbre de la fama. ¿Le dominará el triunfo o vencerá en el amor que siente por Carmencita? ¿Será para él primero el cariño de su compañera de infancia o los aplausos del público y su afición por el toreo?

Y quedó con cierto éxtasis contemplando los anteriores renglones, como si interrogara al destino misterioso que hace y deshace las vidas de los hombres. ¿Qué le aguardaría el porvenir a aquel muchacho juncal, aun sin experiencia del mundo?

LA SONRISA DE LA DICHA

Los triunfos de Gallardo le convirtieron en el ídolo de Sevilla y de España entera.

Su nombre se cotizaba tan alto como el de los primeros espadas de la torería.

¡Oh, la borrachera de la gloria!

Gallardo experimentaba este estado febril que convierte a un ser en objeto de admiración de las multitudes.

Nunca podría olvidar las manos que se rompían aclamándole en las tardes de sol de las corridas; los tendidos agitados por una multitud temblorosa que enronquecía con sus rugidos de entusiasmo; las manos femeninas que se movían

entre el incesante oleaje de las mantillas bordadas.

Todo contribuía a su éxito.

Hombres que le enardecían exigiéndole filigranas de valor, mujeres que le sonreían con sus ojos brillantados por la emoción pareciendo prometerle sus amores.

Y él, Juanillo, el antiguo muchacho de las capeas, desafiaba a la muerte con una serenidad de luchador.

Un torero rico debe tener un administrador y Gallardo eligió a don José, un gran aficionado, engréido con esta gloria del matador, pareciéndole que a él le tocaba algo de los triunfos del

mozo. Con inmensa vanidad paseaba constantemente al lado del ídolo, contratando con los empresarios de toda España una larga serie de corridas.

¡Días de vida, días de gloria!...

Viajar constantemente atado a las cadenas doradas, pero que esclavizan, de la admiración.

Y Gallardo conoció cielos y tierras nuevas que jamás había soñado lejos de su país de sol, y sintió el perfume picante de las ciudades mediterráneas y la severidad conventual de las provincias de Castilla y la humedad que olía a sal y a prado de tierras del Norte, pueblos donde parecía el sol luchar denodadamente para presenciar las corridas famosas en que el hombre, la inteligencia humana, batía a una bestia, exaltada por la crueldad egoísta de las gentes que toleraban impasibles su sufrimiento.

Cargado de nostalgia, Gallardo regresaba a Sevilla y se sentía feliz pisando otra vez el suelo natal. Iba muchos días a cierta taberna donde había baile y clien-

tela que atisbaba con el rabillo del ojo al torero de moda.

En la mesa que Gallardo ocupaba le rodeaban siempre su cuñado Antonio, que se había constituido en su más celoso defensor, su administrador don José y otros cuatro sujetos: "El Nacional", un torero que toreaba para vivir, no para triunfar, uno de esos seres resignados a la mediocridad, convencidos de que es imposible salir de ella; "Potaje", un picador muy popular; "El Puntillero", cuya intervención era muchas veces innecesaria en la plaza, pues el estoque genial de Gallardo tumbaba definitivamente al toro, y "El Garabato", mozo de estoques del diestro, al que, incapaz de demostrar su valor en la lidia, seguía fielmente, contento de sentir, aunque fuera para otro, el entusiasmo que produce el valor.

En el cafetín una pareja bailaba clásicas danzas de la tierra. El baile, eterna visión del amor, ponía en las luces apagadas del local su magnífico sortilegio. Una hermosa mujer, envuelta en polícromo mantón, con un clavel

entre los frescos labios, danzaba, agitaba su cuerpo, giraba su figura al compás de una música llena de nostálgicas cadencias. Mientras bailaba pasando entre las mesas llenas de parroquianos, tenía la mirada fija, clavada en Juanillo...

Fuése acercando lentamente a él con la flor mordisqueada entre la boca, hasta llegar a su vera. Sentía por el torero una gran admiración y se hubiese considerado dichosa si aquel bravo mozo se hubiese dignado dirigirle alguna frase galana.

Le sonrió como invitándole a que él la besase, y Juanillo, sonriente, percibiendo cerca de sí el perfume de aquel cuerpo armonioso, le arrebató la flor y cogiendo a la muchacha buscó sus labios, deseando morder en aquella fruta golosa y dulce.

El bailarín miró indignado al torero y sus ojos adquirieron la dureza enfermiza del hombre pronto a cometer cualquier barbaridad, impulsado por los celos.

Pero Gallardo no parecía dispuesto a provocar conflictos. Re-

chazó a la bailadora y dijo a sus amigos:

—Odio a todas las mujeres, menos a una...

Y abrochándose la americana abandonó el cafetín con una sonrisa de cansancio en los labios, mientras la bailarina quedaba enfurecida por el desprecio.

Algo había pasado por la imaginación de Gallardo al ir a besar a la danzarina. Pensó en una figurita pura como las vírgenes de los altares y se apartó rápidamente del amor fácil y veloz.

“El Nacional”, viendo el enojo que se había producido en el rostro de la bailarina, trató de consolarla.

—No te preocupes, Rosa... Está enamorado y debe haber marchado seguramente a pelar la pava.

Rosa hizo un gesto despectivo y prosiguió la danza con su compañero de baile que se había vuelto a tranquilizar al desaparecer el lidiador.

Juanillo se había dirigido, en efecto, a la reja de Carmen. Esta muchacha humilde, la compañera

de sus juegos de infancia, se había adueñado por entero de su corazón desde el día de su primer triunfo como novillero.

Lentamente se había ido sintiendo dominado por este sentimiento del amor que transforma la vida y la hace aparecer bajo nuevas y desconocidas luces.

¡Su Carmen gentil! Todas las palabras y galanteos de que era capaz el buen mozo las guardaba para aquella niña delicada y morena de sus ensueños.

Juanillo iba acompañado del "Puntillero", que tocaba la guitarra ante la reja de Carmen.

Atraída por la música la muachacha se asomó a la reja. Desapareció el "Puntillero" y Gallardo miró sonriente a la bienamada y le dijo:

—¿Qué va a decirme esta noche mi carita de rosa?

Ella sonrió a su pesar y luego le respondió severamente:

—Juanillo... me dicen que bebes mucho... y eso no me gusta. ¡Ea! No quiero que te vean en los cafetines.

El torero quiso excusarse, des-

arrugar el ceño de la inocente chiquilla.

—Pero, criatura, he de corresponder a los convites de los amigos. Un torero no puede vivir como un fraile.

—Me dicen que tienes malos compañeros... de ambos sexos.

—Chismes de comadres. Te juro que no amo a nadie más que a ti, Carmen...

—¡Ah, mentiroso!

—Para mí lo eres todo, Carmencita. Si me dejases, me iba a morir pronto, nenita... Y para que veas que pienso siempre en ti, mira qué regalo te he comprado.

Puso en sus manos una joya, en forma de corazón, un broche de oro y pedrería.

—¡Chiquillo! —dijo Carmen, asombrada—. ¡Esto es demasiado! ¡Te vas a arruinar!

—¿Y para qué quiero yo el dinero si no es para adornar a mi novia guapa? ¿En qué mejor voy a emplearlo? Y después dirás que me olvido de ti... y que no te quiero. ¡Olvidarme de ti... que eres lo primero del mundo!

—¡Juanillo!

—¿Me das un beso? ¿Uno,

Carmencita... sólo uno?

—¡Oh, no!...

Pero ya el mozo había acercado

sus labios y los dos se fundieron
en la caricia muda.

Y aun platicaron más y más
bajo la luna de plata que llenaba
a Sevilla de fulgores...



* * *

La boda de Gallardo fué un acontecimiento que duró hasta muy entrada la noche...

Hubo música y baile y fueron invitadas a ella multitud de personas, satisfechas de presenciar el casamiento del más famoso torero con aquella linda Carmen, morena y sevillana...

Gallardo había alquilado una elegante casa para instalar su nido de amor.

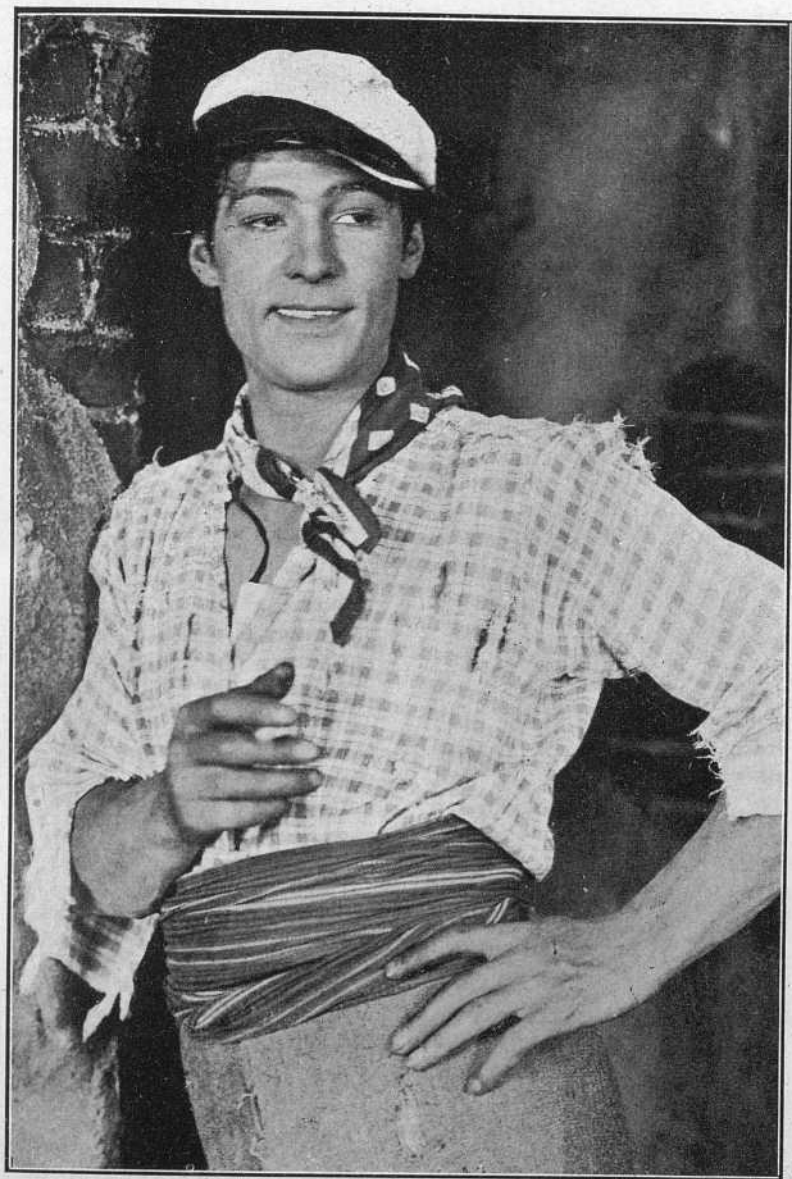
En el patio, perfumado de azahares y claveles, se bailaban todas las danzas típicas de la tierra y algunos cantadores alzaban al cielo coplas llenas de pasión.

Carmen sentía ese aturdimiento

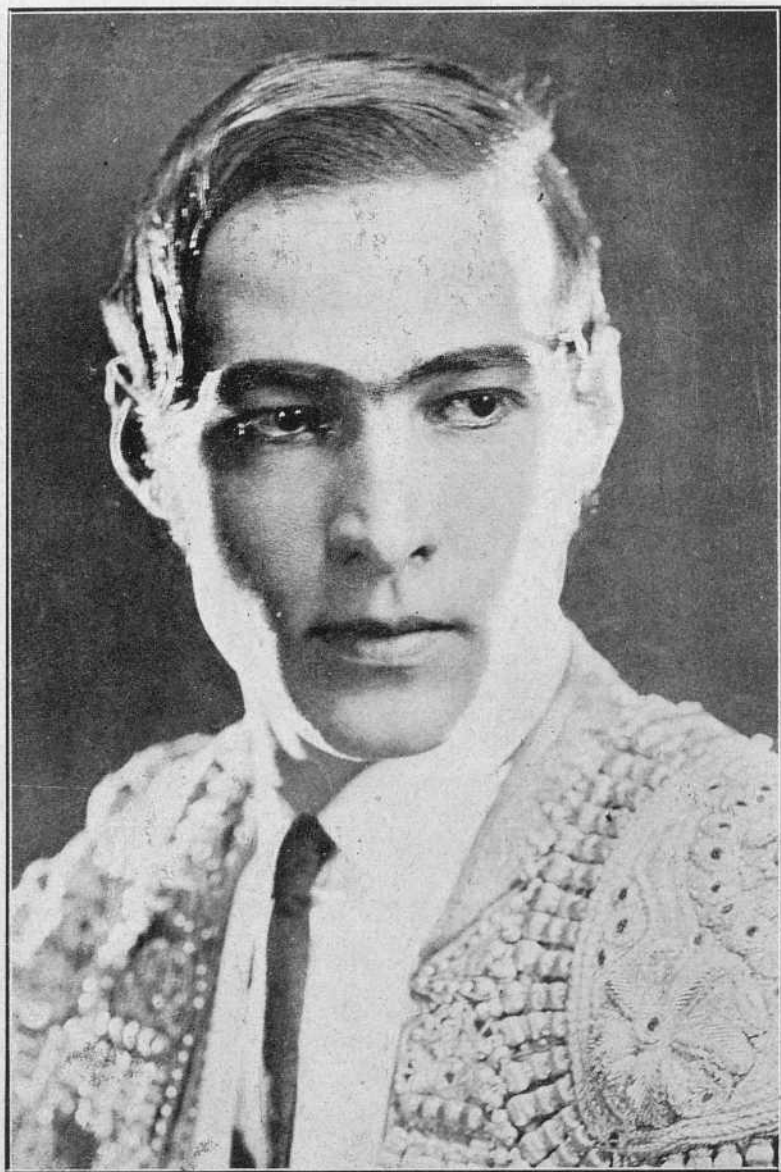
de las novias en el mejor día de su vida. Iba sonriente de un lado a otro, contestando a las felicitaciones y homenajes de muchos labios de los que afluía gracia y sal.

También Juanillo tenía que corresponder a las atenciones de sus amigos, gentes de su cuadrilla, simples admiradores que discutían de toros y proclamaban que era Gallardo el mejor torero español.

El filósofo don Joselito había sido también invitado a la ceremonia. Contrastaba su serenidad un poco melancólica de hombre estudioso y profundo con la alegría de las demás gentes triviales



...apareciendo ante ellos y su madre...



... vestido con su primer traje de luces...



Juanillo triunfaba.



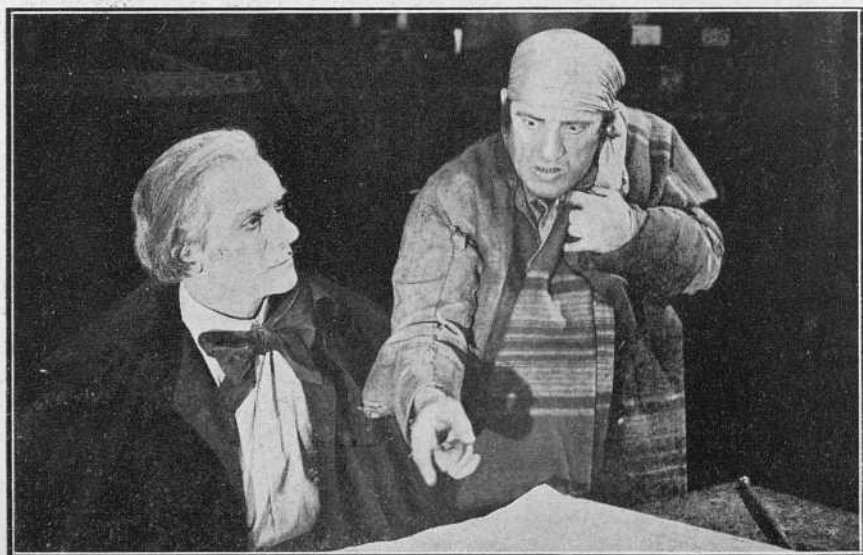
Iba sonriente de un lado a otro...



Juanillo se le acercó.



— ¡Nena, nenita...!



— Parece que los dos fendréis el mismo fin.



...y todo parecía ya conseguido por el gran torero.



Doña Sol...

que viven al día, sin preocuparles los análisis misteriosos del espíritu.

Don Joselito contemplaba al gentío que hervía de contento en el patio... ¿Qué reservaría la vida, tan inescrutable, tan altiva y sorprendente a los dos novios? ¿Sería siempre la ilusión lo que uniría sus almas?

Acercóse a Carmen y le acarició dulcemente la barbilla. Conocía a la muchacha desde pequeña y sentía por ella un entusiasmo paternal.

—Conserva la fe en tu corazón —le dijo—y conservarás siempre a tu Juanillo.

Gallardo llegó a ellos y dijo sonriente al filósofo:

—¿De qué se trata, don Joselito? ¿Qué cosas le decía usted a mi mujercita?

—Le daba consejos... Hablaba en tu favor.

—¡Qué bueno es usted, don Joselito!

Abrazó a Carmen y al filósofo y luego se despidió de éste para ir a saludar a otros invitados que abandonaban ya la casa...

Juanillo encontró en el camino a su madre y la sonrió... ¡Madrecita, qué feliz era él! ¡Una novia buena y guapa... y la gloria! ¿No era el amo del mundo?

Después tendió cordialmente la mano a don José, su administrador. Y siguió avanzando correspondiendo efusivamente a las demostraciones leales de amistad y enhorabuena.

En la casa apenas quedaba ya nadie... Antonio, el cuñado de Juanillo, solo en una cercana salita, bebía copa tras copa, y fumaba un estupendo habano. La mezcla de alcohol y de humo acabó por marearle, comenzándole a rodar la cabeza.

Acabó por dormirse, fatigado por el excesivo trabajo de su estómago en aquel día de banquete.

Encarnación, su mujer, llegóse a él y le despertó rudamente. Iban con ella sus tres hijos, dos que andaban por su propio pie y otro que llevaba en brazos. Unos meses antes había el matrimonio aumentado la familia con el nacimiento de un nuevo vástago.

—¡Eh, Antonio, nos echan!—
le dijo.

El talabartero despertó, mal-
humorado. ¡Diablo! ¡Tan bien
como se dormía allí!...

—¿Hemos de marchar ya?

—Todo el mundo está fuera...
Aquí ya no somos nadie, Anto-
nio... Carmen es la dueña ahora
y pronto llenará la casa de hijos.

Antonio cogió dos niños y los
llevó en brazos... Él y su mujer
despidiéronse de los novios

Después la viuda Gallardo abra-
zó a su Juanillo y a Carmen.

—Adiós, hijos míos...

Y había en sus palabras una
tierna emoción que se asomaba
también a los ojos. Pensaba en
el padre de Juanillo. ¡Ah, si vi-

biese y estuviese ahora en la
boda!...

Es en los grandes momentos de
la vida cuando se nota y se llora
la ausencia de los seres que no
han de volver jamás.

Por fin el torero y su mujer
quedaron solos en la casa que iba
a cobijar sus amores...

Carmen le miraba temblorosa,
llena de emoción... Juanillo se le
acercó lentamente y abrazándola
se dirigió con ella hacia el dulce
nido de su habitación.

—¡Nena, nenita... Carmen bo-
nita... te quiero!—iba diciéndole.

Y ella sentíase rendida ante el
hombre que era su dueño y su
rey...



EL BRILLO DE LOS CAIRELES

El bandido "Plumitas" visitaba al filósofo con frecuencia. Don Joselito simpatizaba con los perseguidos. Se interesaba por todas las gentes que han de vivir en aras de cualquier inquietud.

El filósofo consultó unos libros y meditó en la vida de aquel perseguido de la justicia, hombre errante a quien la guardia civil no podía meter en cintura.

El bandido contemplaba asombrado los instrumentos que llenaban la habitación de don Joselito: extrañas máquinas, objetos que hicieron mucho daño. ¡Y cuánto

libro tenía aquel sabio! Luego se estremeció al contemplar la calavera que estaba constantemente sobre la mesa y desvió la vista horrorizado. ¡Qué cosa tan fea!

—Existe un paralelo entre tu vida y la de Gallardo—le dijo don Joselito—. Parece que los dos tendréis el mismo fin.

El bandido arrugó el ceño... No acabó de comprender aquellas palabras. Y se alejó de allí, sin preocuparse más de aquellas extrañas frases, mientras el filósofo volvía a su eterna meditación de solitario.

* * *

La máquina devoradora del tiempo fué engullendo en su torbellino los meses. Por dos veces más la primavera besó y calentó las cosechas.

Durante aquellos dos años consolidóse y se acrecentó la fama de único e indiscutible que a "Zapaterín" le habían valido su arte y su valentía.

Consagróse definitivamente en Madrid y llegó a ser el hombre del día.

Con la gloria amante y pródiga llegó el amor, la fortuna y todo parecía ya conseguido por el gran torero.

La admiración que se reflejaba

en las miradas de todos y que se dirigía a su persona, antes tan insignificante, llenaba de orgullo al vencedor, compensándole sobradamente de las amargas pasadas al cruzar con el alma desnuda el sendero lleno de zarzas de los comienzos de la áurea carrera.

¡Qué mayor satisfacción para él que el poder contar tristes anécdotas de su adolescencia y primera juventud convertidas ahora, por su propio esfuerzo, en esplendorosas realidades!

Su renombre no se limitaba tan sólo a los cuatro muros de la península, sino que se había esparcido más allá de todas las fronte-

ras, dándole una aureola de ser extraordinario, como a los verdaderos genios que sorprendieron al mundo con sus obras o sus teorías.

Cierta mañana, "Zapaterín" se hallaba tomando un refresco sentado a una mesita del hotel donde acostumbraba hospedarse cuando toreaba en Madrid.

No le acompañaba ninguno de sus satélites ni amigos. Juanillo gustaba de estar solo algunas veces, pretendiendo, aunque en vano, no llamar la atención.

En torno a una de las mesas cercanas a la suya se hallaban unos turistas que no le quitaban la vista de encima. "Zapaterín", habituado a tales demostraciones de popularidad, sonrió para sus adentros, agradecido a las damas extranjeras que ponían en él sus bellos ojos.

El al parecer jefe de aquella caravana de turistas llamó a un camarero y le preguntó por Juanillo.

—¿Quién es?

—¡Cómo! ¿No lo conocen ustedes? ¡Es el gran Gallardo!—respondió el mozo.

—¡Ah!

—Cuando torea aquí, viene a esta casa, porque cree que le trae suerte.

A partir de este momento la admiración de los forasteros creció de punto y "Zapaterín", correspondiendo a las miradas de las damitas, levantóse de su mesa y se alejó lentamente, dándoles tiempo a que lo contemplasen con lujo de detalles...

En la calle, Gallardo se tropezó con una vieja de aspecto mísero y repugnante.

—¿No me conoces, Juanillo? Soy la madre del pobre "Lechuguero".

El gran torero apartó horrorizado su vista del feo rostro de la pobre mujer; y recordando con extraño temblor la muerte del que también fué gran diestro, sacóse unos duros del bolsillo de su chaleco y se los dió a la vieja, apartándose presto de su lado.

¡Qué pena si a él le ocurriese lo mismo y su buena madre se viera en la pobreza de la del "Lechuguero"!

Otros pordioseros le rodearon, atormentándole los oídos con la in-

variable cantinela de los que supliran una moneda por el amor más sagrado...

Noble y generoso tanto o más que deseoso de verse pronto libre de aquellos desgraciados, Juanillo les tiró unas pesetas y desapareció.

.

Aquella tarde Gallardo tomaba parte en una gran corrida. Todas las esperanzas estaban puestas en él, a pesar de que la combinación del cartel era inmejorable.

Mientras el ídolo se vestía, ayudado por "El Garabato", sus amigos de confianza le rodeaban y hacían objeto de los más lisonjeros augurios.

No faltaban en el cuarto algunos periodistas que iban siempre en pos de anécdotas del torero para darlas a conocer a los lectores de sus respectivos rotativos.

También se hallaba allí el doctor Ruiz, un famoso cirujano.

Al ir a calzar a Juanillo, "El Garabato" puso entre los dedos de los pies del triunfador unos pedazos de algodón y le vendó el empeine para darle vigor.

El doctor Ruiz, viendo tales preparativos, comentó:

—Igual que los gladiadores, Gallardo, no necesitabas vendas ni algodones cuando luchabas con el hambre.

Era verdad. Lejanos estaban ya aquellos tiempos. Ahora se rodeaba de comodidades en que ni remotamente pudo soñar. En el presente se debía a la gloria, estaba obligado a refinarse, a conservar el tipo como espejo de matadores.

Frente al hotel se había ido congregando numeroso público, una muchedumbre ávida de ver al famoso torero antes de ir a la plaza. De pronto se oyeron algunas palmadas y seguidamente, como obedeciendo a una señal convenida, estalló una formidable ovación.

Don José, hinchado de vanidad, dijo a Gallardo, empujándole hacia el balcón, pues el torero ya estaba completamente vestido:

—Salúdales desde el balcón, para que se callen.

Juanillo no se negó a hacer tal cosa, pero al abrir el balcón para

asomarse a la calle retrocedió presa de pánico.

—¡Dios mío! ¡Un entierro!— exclamó cubriéndose el rostro.

Cierto. Acababa de ver un coche mortuorio camino del campo-santo.

Supersticioso como buen lidia-dor, Gallardo anunció a sus amigos que no quería torear aquella tarde, pues le iba a suceder algo desagradable. Sabía lo que significaba ver un entierro pocos momentos antes de salir al ruedo.

No fué fácil tarea el convencerle; pero entre todos se logró ahuyentar de su espíritu la influencia de la funesta visión.

Poco después Gallardo descendió al *hall* del hotel, donde se apresuraron a hacerle guardia de honor los empleados y clientes del establecimiento, apretujándose para verle lo más cerca posible.

Al aparecer ante el público que le esperaba frente al hotel se re-

pitió la ovación de antes y oyóse algún que otro vítor.

Gallardo sonriendo y saludando a todos se dirigió al coche en que le aguardaba su cuadrilla. Al pie del mismo vió a un niño que le miraba con intensa alegría, como se contempla algo que no se puede tocar.

Gallardo se fijó atentamente en el rapazuelo y dijo, besándolo y levantándolo en sus brazos:

—Igualito a mí cuando era como él.

El niño ocultaba bajo su blusita un estoque de madera y Gallardo, cogiéndolo, lo mostró a todos como prueba elocuente de que en todo se parecía a él el rapaz.

El torerillo en pañales se alborozó al verse tan afectuosamente tratado por el primerísimo maestro, y su alegría moral fué tanta, que no pudo ser superada al recibir de manos de Gallardo unos du-ros...

* * *

La plaza bullía de animación. La tarde era espléndida y con razón aquel día más que otros podía decirse que la arena brillaba al sol como pepitas de oro, poniendo fuego de pasión en el ánimo de los espectadores.

El lleno era completo. El público había correspondido a la excelente combinación de la Empresa.

En uno de los palcos inmediatos al de la Presidencia se hallaban el marqués de Moraima, propietario de una de las mejores ganaderías de España, tan rico como cargado de achaques, y su sobrina doña Sol, hermosa mujer otoñal que llamaba poderosamente la

atención por su elegancia... y por sus extravagantes caprichos.

La espléndida belleza de doña Sol contrastaba con la vejez del marqués, personificando ella la vida pletórica de ilusiones y él el ocaso triste y abrumador...

La hora del principio de la fiesta estaba a punto de sonar. En las graderías el gentío se impacientaba, ávido de presenciar el derroche de arte de sus favoritos y ya cada bando se aventuraba, basándose en anteriores actuaciones, a predecir el resultado de la competición entre los tres *ases* del toreo que actuaban en la gran plaza aquella tarde.

El calor era sofocante. En las

gradas de sol la mayoría de los hombres, con esa confianza que otorga la naturaleza sin trabas, se despojaron de su americana y echáronse el sombrero sobre las cejas, para preservar su rostro del furibundo padre Febo, cuyos ojos estaban abiertos de par en par para iluminar a los bravos matadores.

Si bien el tiempo no podía favorecer mejor el aspecto de la plaza, el elemento femenino le secundaba eficazmente, complementándole en su bienhechora acción, pues las mujeres eran como flores prendidas en el manto gigante de cabezas cuya inquietud iba en aumento y que se movían de un lado a otro como tallos mecidos por el aire...

En tanto, en la capilla de la plaza los toreros se encomendaban con fe a la Virgen. Gallardo se arrodilló ante el altar en último término; y cuando hubo terminado su oración preparóse para unirse a las cuadrillas que se formaban para el desfile en el circo.

Pero al mirar afuera por una ventana vió con invencible temor

un gato negro y ahogó una maldición contra el felino. ¡Caramba! ¿Esto más? ¿No tenía ya bastante con la visión fatídica del entierro? ¿Es que iba a ocurrirle de veras algo desagradable aquella tarde?

Pasó de nuevo un mal rato luchando con sus principios supersticiosos y el aviso de que iban a salir las cuadrillas le arrancó de sus vacilaciones.

La música tocó un airoso pasodoble que fué como un chorro más de entusiasmo para las frenéticas masas.

La aparición de las cuadrillas provocó calurosas palmas. Todos a una: pobres, ricos, jóvenes y viejos, buenos y malos, juntaron las manos para aclamar a los héroes de la pista arenosa.

Los más exaltados gritaban como acometidos de un acceso de locura, enronqueciendo para que sus piropos a los matadores fuesen oídos por ellos.

Uno de los fanáticos tauromáquicos exclamó, como si se quitara un enorme peso de encima:

—¡Todas las naciones del mun-

do se mueren de envidia! Tendrán buques y dinero, ¡pero toreros como Gallardo, nones!

—¡Bravo!—corearon algunos.

—¡Olé!—dijeron otros.

Y aquí y allá la fiebre de manifestar a gritos el entusiasmo prendía como el fuego en un inmenso pajar.

Terminado el brillante desfile, quedó en el ruedo la cuadrilla del matador de turno y los tres ases.

Vibraron en el aire los estridentes sonos del cornetín, se abrió el toril y saltó al ruedo un precioso ejemplar de cornúpeto de las praderas castellanas.

El peligro y el arte se daban las manos. Un rumor de aprobación cundió por la plaza. ¡Bravo toro!

Cumplieron los picadores, acudiendo con valentía a los quites los matadores y sonaron las primeras ovaciones y surgieron los inevitables comentarios y las desagradables y las más de las veces injustas comparaciones, cosa fatal en todas las colectividades.

La suerte de banderillas complació al muy "respetable" y muy

"escandaloso" público, y llegó la de matar, portándose a la altura de su fama el astro de turno.

Y así el primero y el segundo toro, y durante todas las suertes del tercero, que correspondía a Gallardo, los aplausos y los vítores llovieron como cataratas desprendidas de la bóveda azul.

Simultáneamente, en su casa, Carmen oraba por su marido ante la Milagrosa para que le librase de todo mal.

La madre de Gallardo y Encarnación la sorprendieron en tal actitud y comentó la primera:

—La pobrecilla se muere de angustia pensando en Juanillo. ¡Cuánto le quiere!

En efecto, Carmen vivía en constante intranquilidad, temiendo a cada nueva corrida que le ocurriese algún percance a su amado compañero. Por su gusto él no sería ya torero, pero no se atrevía a apartarlo de su vida de triunfador. No quería sacrificarle a su egoísmo, limitándose a desear que él, de su propia iniciativa, se decidiese algún día no lejano a no vivir más que para ella.

Lentamente la viuda Gallardo y Encarnación se retiraron de la habitación donde oraba Carmen-cita, y ésta continuó bisbisando unos rezos en los que ponía el alma.

Gallardo, a la hora de matar a su toro, bravo y noble, brindó por la Presidencia, y al levantar la vista hasta el palco de aquélla, libre su cabeza de la montera, se sintió magnéticamente atraído por unos ojos que le envolvían en su maravilloso círculo.

Eran los ojos de doña Sol. La hermosa viuda se había interesado poderosamente por el famoso torero y trataba de atraer sus miradas. Lo consiguió de pleno, pues Gallardo la contempló con contenido entusiasmo, admirado de su arrogante esbeltez y donosura. ¡Soberana mujer, egregia dama! ¡Cuántos, por una mirada suya, arrostrarían mil muertes!

Gallardo terminaba el brindis al Presidente cuando cruzó su vista con la de ella, y añadió:

—“...y por las bellas mujeres de España”.

Doña Sol desplegó sus rojos la-

bios en una sonrisa divina, recibiendo halagada el piropo del apuesto matador, considerando que iba dirigido directamente a ella, y Gallardo, acicateado por el deseo de deslumbrar con su arte a la bella, acudió al toro, dispuesto a superarse a sí mismo.

Dió vistosos pases de pecho, de rodillas, arrimándose a las afiladas astas del bravo, y la emoción encendía, conteniendo la respiración, el corazón de la muchedumbre pendiente de sus menores movimientos.

Al ir a matar, el público, en pie, gritóle que no lo hiciera todavía, electrizado por la maravillosa faena que había ejecutado y que deseaba se prolongara.

Gallardo hizo con el toro cuanto quiso y como remate a su formidable actuación tumbóle de una fantástica estocada.

El volcán del entusiasmo hizo entonces erupción, inundando el ambiente de aclamaciones estruendosas.

¡Aquella había sido la mejor tarde del gran torero!

La música se unió al elogio ge-

neral y centenares de sombreros, gorras y otros efectos cayeron al ruedo.

Hasta los más reacios a endiosarle se rindieron sobrecogidos de estupor.

¡Era mucho torero Gallardo!

Con la satisfacción del resonante triunfo a flor de labios "Zapaterín" saludó a la Presidencia y luego a doña Sol.

La hermosa viuda le hizo una seña, mostrándole un fino cendal, y Gallardo, no apartando sus ojos de ella, recibió por el aire aquel obsequio, aspirando con deleite el perfume de que estaba impregnado y depositando un beso en el pañuelo.

En ambos tendidos reclamaron a Gallardo, y éste dió la vuelta al ruedo, repitiéndose en todas las gradas a su paso las ovaciones, que volvieron a ser imponentes cuando saludó finalmente desde el centro del redondel.

Al terminarse la gran corrida, don José fué a saludar al marqués de Moraima y a su sobrina a su palco, para felicitar al primero por los toros que mandara a aquella

fiesta y que tan bien se prestaron al lucimiento de Gallardo.

El marqués manifestó el deseo de ser presentado al famoso matador y don José se prestó a ello de mil amores.

En uno de los patios de la plaza, el doctor Ruiz reprochaba un tanto a Gallardo su temeridad de aquella tarde, pues varias veces desafió descaradamente a la muerte moviéndose entre los poderosos cuernos de sus toros.

—¡Bah! No tema usted, amigo. No ha nacido todavía el toro que pueda matarme—respondió con sorprendente naturalidad el torero.

"El Nacional" compartía la opinión del doctor, y mientras estos dos hablaban entre sí, Gallardo, tropezando su mano, al hundirla en uno de los bolsillos de su chaquetilla, con el pañuelo que le arrojara doña Sol, lo sacó y aspiró de nuevo su perfume embriagador.

Sus dedos comprobaron entonces que dentro del pañuelo había un objeto duro, lo buscó y al hallarlo vió que era un anillo que formaba una serpiente. ¡Caprichosa joya! Colocósela en uno de sus

dedos y como se adaptaba a él perfectamente ya no se la quitó.

En aquel momento llegaron a su presencia don José y el marqués ganadero, seguidos de doña Sol, que se detuvo a prudencial distancia.

Don José presentó a los dos hombres: al marqués, como el primer ganadero de España y a Gallardo, como el mejor matador.

El marqués estrechó sonriente la mano del torero y le dijo:

—Don José me ha dicho que ha comprado usted la Rinconada, la dehesa cercana a la mía.

—En efecto; el lugar me gusta mucho y pasaré en él alguna temporada.

—Lo celebro...

A continuación, y haciéndose eco del sentir de ella, don José presentó a Gallardo a doña Sol, quien, muy amablemente y desconcertándole con sus miradas, le dedicó sinceros elogios.

—Su valor me ha entusiasmado—terminó diciendo.

Gallardo agradeció sus amables frases y le mostró el anillo que acababa de encontrar en el pañue-

lo que ella tuvo la gentileza de ofrecerle. Doña Sol comentó:

—Este anillo perteneció a una reina egipcia que lo dió a un conquistador romano como tributo de admiración a su valor. Permítame que yo se lo ofrezca a usted por igual motivo.

—Gracias... pero no creo merecerlo, señora.

El marqués se despidió de Gallardo y se alejó con las otras personas que le acompañaban en el palco. Doña Sol separóse a su vez del torero, y dijo a don José, aparte:

—Gallardo me interesa. Me recuerda aquellos conquistadores españoles que se burlaban de la muerte. Mucho me agradaría recibirle en mi casa.

Don José sonrió a la bella viuda, y ésta desapareció lentamente del patio, volviéndose varias veces para acariciar con sus ardientes miradas al ídolo.

Don José acercóse entonces a Gallardo y satisfecho por él le dijo:

—Es un gran honor. Es la viuda de un embajador y se cuentan

deliciosas anécdotas de la influencia que ha ejercido su belleza en prestigiosas personalidades...

“El Nacional” miraba con honda preocupación a Gallardo. ¿Se habría enamorado también de la peligrosa belleza? ¡Si fuera así!...

Gallardo dió un suspiro y dijo a don José:

—Mande a casa el recado de siempre: Sin novedad.

Y acarició el anillo que ostentaba en uno de sus dedos y que le recordaría a cada instante a la irresistible doña Sol...



* * *

Cuando terminó la temporada de toros, Gallardo se ocupó en educar a sus sobrinitos en el arte del toreo...

Quería entrañablemente a los niños de su hermana Encarnación, derramando en ellos las ternuras y los anhelos de un corazón paternal.

Algunas veces había soñado él con tener un heredero, un niño hijo de Carmen y suyo, que correteara por la casa, llenándola de risas y canciones. Pero no quería Dios concederles ese beneficio que había de colmar su exquisita felicidad. Y Juan Gallardo, resignado, buscaba en sus sobrinos ese amor que necesitaba.

Jugaba a los toros con los dos niños mayores: uno de ellos era el lidiador; el otro hacía las veces de fiera. Y Juanillo iba explicando detalladamente las distintas suertes de esquivar el contacto del toro y el arte que debía ponerse en las distintas faenas y suertes del oficio.

Se reía alegremente viendo el entusiasmo de los chiquillos y la seriedad con que realizaban su misión.

Un día Carmen entró en la habitación donde Juanillo explicaba sus lecciones y advertencias sobre la lidia y le contempló jugando con sus sobrinos.

Un gesto de melancolía pareció

flotar en sus labios al ver el aspecto de felicidad que tenía su marido... Extraños celos invadieron su corazón, haciéndole sentir la pena de no ser madre... Tal vez de tener algún hijo aquella felicidad se derramaría todavía en nuevas venturas y Gallardo, preocupado por la vida del pequeño ser, abandonaría su peligrosa profesión de torero para dedicarse exclusivamente a las actividades de la familia... Ligeramente disgustada, Carmen riñó a los niños.

—¿Pero qué hacéis? ¿Qué significa tanto alboroto? Eres más niño que ellos, Juanillo.

Los pequeños desaparecieron temerosos de la reprimenda de su tía, y Gallardo, sonriente, abrazó a su mujer y la dijo:

—No te enfades, pequeña... En algo he de ocuparme si me quedo en casa.

—Es verdad, Juan. ¡Qué tonta soy! Me gustaría que estuvieses siempre conmigo, a mi lado.

—Pues ahora no puedes quejarte, Carmencita. ¿Dónde existe un marido mejor que yo?

Y permanecieron abrazados, y

Juan besó en la boca a su mujer con una caricia de delicado amor.

En aquel instante apareció en la estancia don José, el administrador.

Riendo exclamó al sorprender a los esposos en idilio:

—¡Bien, bravo... que se repita!

Ellos se echaron a reír. Carmen, roja como la grana, saludó al simpático don José y alejóse de la estancia.

Don José, sonriente, dijo al torero, al quedar a solas con él:

—Mira lo que he recibido... Tiene un perfume de maravilla. Huele...

Y le mostró un pequeño sobre que pasó rápidamente ante él, percibiendo Gallardo la fina esencia en que estaba bañado...

—¿De quién es?—preguntó con indiferencia.

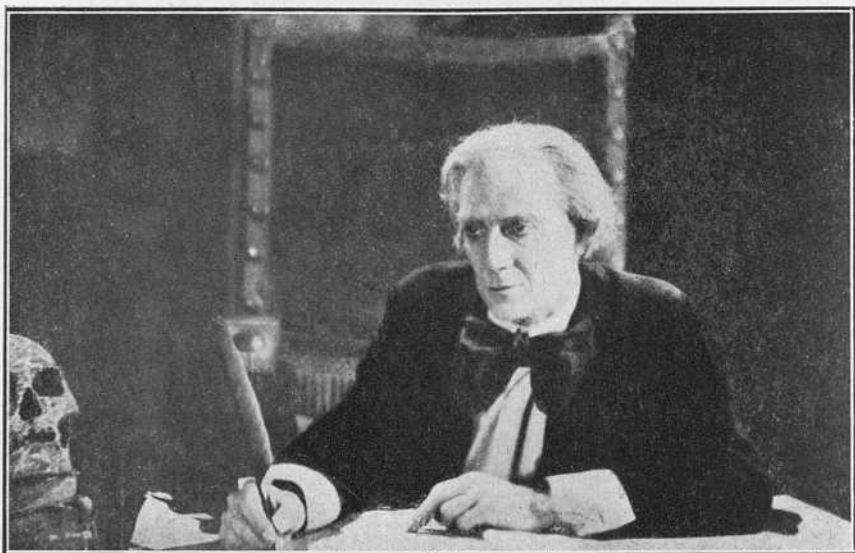
—De doña Sol, esa dama aristocrática que tanto se interesa por ti...

Abrió el sobre y pasó la vista por el contenido de la carta.

—¡Lo que me dice la señora! ¡Que vayamos a verla, que quiere hablarte de nuevo! ¡Has tenido



... le contempló jugando con sus sobrinos.



La mujer ha sido creada para solaz del hombre...



..le rodeó el cuello con su perfumado brazo...



... y la besó apasionadamente.



— Es mejor que no volvamos a vernos.



— Me amas, Juan; no puedes negarlo.



— Esa es la habitación de mi esposa.



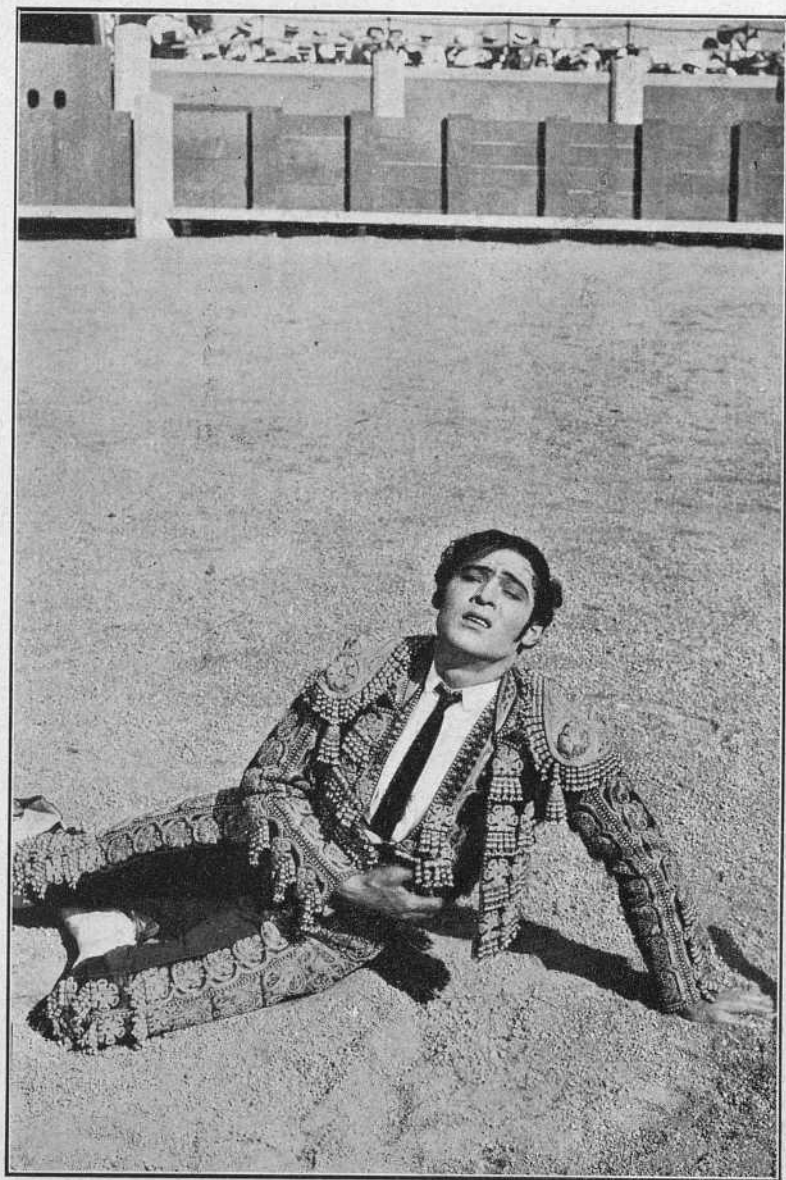
Aquella revelación fué como una puñalada para Carmen.



— ¿A cuántos hombres ha matado usted?



— Mi tributo a su valentía...



...fué aparatosamente derribado...



¡Todo había terminado!

suerte, muchacho! Doña Sol se interesa por ti...

Juanillo vaciló y respondió experimentando un ligero malestar:

—No, don José... no quiero ir. Es una mujer muy importante... Me siento cohibido ante ella...

—Supongo que no vas a despreciarla. Desengáñate, es muy conveniente el ser distinguido con la amistad de gente superior. Es una señora aristocrática y harías muy mal en rehuir su invitación.

Gallardo contempló la sortija regalada por doña Sol y simultáneamente recordó a su dulce y bondadosa mujer, pareciéndole que si iba a ver a doña Sol cometía ya una pequeña ingratitud con su esposa.

Adivinaba en doña Sol extraños pensamientos. Los ojos de aquella mujer hermosa le habían mirado como si pretendieran encender su imaginación...

—No, no quiero ir—repitió.

—Pero, criatura, ¿es que vas toda tu vida a ser un niño? Un hombre como tú necesita relacio-

narse en sociedad y entrar en sus salones... ¿Qué va a decir doña Sol si te niegas a visitarla? No te lo perdonará nunca, Juanillo. Piénsalo bien y déjate guiar por mí... Anda, vamos allá.

Aun pretendió el torero protestar, alegando que él se encontraría forastero en el ambiente lujoso en que debía vivir la dama, pero don José insistió en sus deseos.

—Ahora o nunca, Juanillo. Tú ya conoces a doña Sol. No hay mujer más amable que ella. Anda, vamos allá.

Y Juanillo, no queriendo aparecer como tímido y apocado ante los ojos de su administrador, dejóse convencer. Bien, iría; una visita de cumplido y nada más.

—Así me gustan los hombres, Juanillo. Vayamos a su casa. Estoy seguro de que ella nos espera.

Y partieron los dos: el torero, íntimamente disgustado; don José, con la satisfacción de haber aca-llado los escrúpulos de su ídolo.

LA TENTACIÓN

Doña Sol, mujer de vida intensa y apasionada, había conocido muchos hombres. Su existencia, rica de libertad, y los viajes constantes por las capitales europeas le habían hecho entrar en relación con gentes más o menos ilustres que fueron durante un breve espacio de tiempo juguete de la gran caprichosa.

Pero en sus amores de mujer peligrosa y bella que sabe levantar a su paso murmullos de admiración, faltaba un nuevo tipo de hombre que agregar a su colección de enamorados. Era el torero, bravo luchador que desafía constante-

mente a la muerte con la sonrisa inconsciente del heroísmo.

Deseaba estudiar, conocer el temperamento, la idiosincrasia de uno de esos lidiadores famosos, pequeños ídolos a quienes la devoción del fanatismo levanta un altar...

¿Cómo sería en el amor uno de esos caballeros de la plaza? Doña Sol, coleccionista morbosa de las distintas especialidades del alma humana, quería agregar a su larga lista la vida juvenil y apasionada de un torero.

Aquella mañana doña Sol se hallaba reclinada entre almohado-

nes de seda en una de las soberbias estancias de su palacio... Se respiraba un ambiente de voluptuosidad oriental, matizado por los ardientes pebeteros y el humo de los cigarrillos que envolvían la atmósfera en una suave humareda azul... Todo era exótico en aquella casa, como si un pedazo del Oriente se hubiese trasladado a la vida de una ciudad andaluza.

Un criado indio, hombre de ojos morenos y brillantes, tocaba la cítara, llenando el tapizado salón de las fibras melancólicas de una canción de amor...

Doña Sol escuchaba esas finas notas musicales y cerraba los ojos, llenos de un ensueño nostálgico... Su alma de eterna caprichosa sentía la desazón de un cariño nuevo que apagara momentáneamente su sed de pasión... E, inquieta, creía ver bailar en su imaginación el espectáculo de una plaza de toros vibrante de una humanidad borracha de sangre; una arena ardiente y en ella el torero luchando bravamente contra una fiera que se revolvía airada defendiéndose de sus verdugos.

De pronto doña Sol volvió a la realidad, cerrando la fantasía de sus recuerdos. Una sirvienta acababa de anunciarle la visita de don José y del torero Gallardo...

Levantóse rápidamente y corrió al encuentro de los recién llegados, tendiéndoles su mano con gentil confianza.

Juanillo se sintió turbado al verse ante aquella aristocrática señora... Le parecía ser poca cosa para pisar aquellas salas donde flotaba un remarcado exotismo.

—Me dan ustedes una gran alegría por haber venido—les dijo doña Sol.

—He logrado vencer la timidez de Juanillo, señora—contestó don José, ufano y orgulloso—, y aquí tiene usted a nuestro héroe...

Juanillo sonrió... Se conceptuaba desplazado en aquel ambiente; temía no ser bastante fino para contestar a la antigua embajadora.

—Ya sabe usted cuánto me interesan sus cosas—agregó ella—. ¡Ha de ser tan seductora la vida de ustedes los toreros!...

—Oh, señora!—respondió Jua-

nillo—. Yo no puedo contar nada extraordinario en mi vida.

—¡Quién sabe!

Se sentaron. Ella ocupó un sitio junto al lidiador y don José arrellanóse en un sillón cercano.

Doña Sol les ofreció cigarrillos... Juanillo tomó el suyo con extrañeza, contemplando la forma de espiral que tenían aquellos emboquillados del Oriente.

Gallardo abrió los ojos admirado... El criado indio acercóse y encendió los cigarrillos... Ese servidor de doña Sol contempló al torero de una manera enigmática... Vió cómo la viuda sonreía al mozo y adivinó un nuevo idilio que continuaría el interminable número de enamorados que supieron de ardientes emociones de amor... Pero ninguno de los hombres que habían sido amados por doña Sol tenía el aspecto de vago temor que ese afortunado torero.

Gallardo sintió el malestar de aquella mirada del criado fija en él, y fué siguiéndola ligeramente acobardado...

Luego la viuda preguntó a Juanillo detalles sobre las corridas en

que había tomado parte. Ponía en sus palabras algo más que el vago interés que puede inspirar la relación de un conocido. El muchacho fué explicando lentamente algunos episodios de su vida desde que comenzó sus primeras capeas hasta sus días de esplendoroso brillo. A veces se detenía en su explicación como si le faltaran ánimos para continuar y renaciese en él su primera timidez... La mirada prometedora y ardiente de doña Sol le instaba a que prosiguiese el relato.

Juanillo fué evocando interesantes momentos de su profesión, que doña Sol escuchaba como en un éxtasis extraño. Y el torero sentía que le acariciaban unas pupilas enigmáticas, profundas, cargadas de una emoción enfermiza. Turbado por aquellos rayos venenosos, dirigía la vista a don José como si quisiera buscar una protección.

Mientras hablaba seguía aspirando una mezcla de perfume raro que se mascaba en el ambiente y había penetrado por todos los poros de su piel...

En un ángulo de la estancia,

el criado indio ponía una nota intranquilizadora y exótica...

Después que Juanillo acabó ya el repertorio de sus evocaciones, se levantó dando por terminada la entrevista. También don José abandonó su sillón... Doña Sol, sorprendida, exclamó:

—Yo creí que se quedarían ustedes a comer conmigo. No puedo permitir que se marchen...

Pero Juanillo quería marchar cuanto antes de allí, deseando respirar el aire sin trabas que le librara de una influencia enfermiza.

Don José, hombre ladino que deseaba la buena amistad entre doña Sol y el torero, se apresuró a decir:

—Yo no puedo quedarme, pero estoy seguro de que Gallardo aceptará gustoso.

El torero intentó protestar alegando diferentes ocupaciones, pero ella le atajó con una sonrisa cortante:

—No se excuse usted... Mi tío está ausente y comeremos solos, como en familia.

—Pero, señora...

—No creo que desprecie mi

invitación... Lo consideraría un desdén.

Gallardo se inclinó con cierta melancolía, resignado a permanecer al lado de la tentadora.

Salió doña Sol para despedir al administrador y dar algunas órdenes referentes al banquete.

El torero experimentó una misteriosa inquietud al verse solo. Pasó ante él el criado indio, aquel hombre de Oriente que le impresionaba con sus ojos de esfinge, y Gallardo, atemorizado, le vió desaparecer tras unos cortinajes.

Reinaba en la estancia un silencio de paz, una quietud casi triste...

El torero había adivinado. En las pupilas de doña Sol brillaba un anhelo pecaminoso, un sentimiento que él ya pudo experimentar aquella tarde de toros cuando la dama le entregara la sortija perteneciente a Cleopatra.

Y Juanillo, hombre de carne y hueso, dominado por las mismas pasiones que nos hacen prisioneros de los encantos de la mujer, hubiera deseado huir de ella, teniendo el impreciso presentimiento de

que su felicidad peligraba permaneciendo allí.

Comparó mentalmente a su esposa con esta dama de la que iba a ser su huésped. ¡Qué diferencia tan extraordinaria entre las dos mujeres! Recordó aquel día en que volviera a ver a Carmen al cabo de tantos años, la tarde aquella de su primera novillada cuando ya la gloria comenzaba a abrir sus párpados para brindarle su luz. Sintió entonces el mozo que su amiguita de la infancia iba a ejercer una influencia decisiva en su vida y al propio tiempo notóse saturado de una corriente de bienestar como si pasase por sus venas un río perfumado. En cambio, la primera vez que viera a doña Sol temió el enigma de aquellos ojos bellos y deseó alejarse de un brillo que podía cegar.

¡Oh, cuánto tardarían en pasar las horas antes de que él se viera nuevamente en la calle! Sonreía pensando en su mujercita adorada que le estaría esperando con aquella perpetua sonrisa acariciadora de la criatura que está contenta con lo que tiene. ¿Qué diría

ella si viese ahora a su Juanillo invitado en casa de una gran dama que parecía haberse enamorado de él?

Y mientras el torero se debatía en estas consideraciones, más difíciles para él que resolver sus faenas taurinas, allá en su refugio de la ciudad el filósofo don Joselito, con esa extraña intuición de los pensadores escribía en el libro de sus ensueños algo que parecía relacionarse con el lidiador:

La mujer ha sido creada para solaz del hombre. Ella puede ser la causa de su perdición o de su encumbramiento...

Y con la pluma en la mano siguió meditando en el tema fundamental de la influencia femenina sobre la vida de los hombres. Siempre, siempre, desde la primera pareja de la creación, la mujer ha dejado sentir su fuerza en las vidas aparentemente fuertes del sexo contrario.

¿Qué es toda la historia sino un juguete de la mujer? En apariencia han gobernado a la huma-

nidad los hombres, pero en el fondo de sus actos la mano de la mujer ha trazado la última determinación.

El filósofo adivinaba los peligros de la existencia de Gallardo. ¿Lograría ese hombre resistir a las perfumadas palabras de las sirenas que atraen al caminante con su poder de fascinación? Si no era así, estaba seguro el pensador que Gallardo sería otra víctima de la ley fatal que, al hacer esclavo al hombre de la simple belleza física de la mujer, cierra para siempre las puertas de su libertad.

Don Joselito, después de haber escrito nuevas ideas sobre aquel tema viejo como el mundo, contempló la calavera que con su horrible fealdad presidía la mesa de su estudio. ¡Y los hombres se mataban o sacrificaban su porvenir y su alma por eso!

En cambio los que adoraban el alma, el espíritu, sabían que ponían sus ojos en un objeto eterno que jamás estaría condenado a la destrucción. La belleza deleznable

y triste que los años van limando hasta dejar desnuda de toda piel, no puede llenar el deseo de felicidad de los humanos.

Ese mismo cráneo que ahora acariciaban sus manos, ¿a quién habría pertenecido? ¿A un hombre, un soñador, un enamorado? ¿A una mujer? ¿Qué misterios agitaron la cavidad de aquella inteligencia encendida en otro tiempo por la lucecilla vital?

Y como un nuevo Hamlet iba repitiendo el monólogo que atormentaba la vida del príncipe de Dinamarca.

No, no... La materia es triste... Y la mujer que sólo es materia, nunca, nunca será la forjadora del ideal. En cambio la otra, la que alienta y anima, la mujer toda alma, la de los bellos pensamientos, esta es la buena compañera en que el hombre puede apoyar su destino.

A aquel torero Gallardo ¿qué le reservarían las nuevas horas? ¿Materia o alma, pasión de carne o espiritualidad?

* * *

Juanillo, que había permanecido agitado por pensamientos tal vez parecidos a los del filósofo, se levantó al ver aparecer ante él la figura arrogante y sensual de doña Sol.

Estaba más hermosa aún que antes. Parecía haber acicalado todavía más su persona dando a sus ojos un brillo interior y a sus labios un perfume de fuente viva... Su traje ceñía la euritmia de su cuerpo, modelando la figura graciosa y sensual.

El torero bajó los ojos, atormentado.

—Pronto iremos a comer—dijo ella—. Entretanto quiero obsesuarle con un poco de música. ¿No le desagradará a usted?

—No, señora...

Y sus ojos iban inconscientemente hacia su soberbia espalda desnuda, hacia sus brazos plenos que se movían con cierta armonía de bailadora.

Doña Sol, adivinando la impresión que había causado en el joven, sentóse y comenzó a pulsar las cuerdas de un arpa... El rumor suave de aquellas notas templadas dulcemente parecía adueñarse de los sentidos del torero.

¡Ah, él era un hombre... y aquella mujer sola y bella le brindaba un sonrisa tan insinuante!

Tímidamente acercóse a doña Sol. Sentíase nervioso, frenético, no podía sostener ya por más tiempo la lucha consigo mismo...

Quiso besar a aquella criatura y doña Sol le contempló de reojo, adivinando la intención del torero y sorprendiéndose al ver que éste vacilaba y se detenía en su camino.

Al ir a besar a la dama, desprendióse una flor que llevaba Juanillo en la solapa y que aquella misma mañana le había colocado su mujer. Contempló emocionado aquella flor y retrocedió a tiempo, como si le acusara la conciencia y el alma clara de aquella rosa hubiera querido alejarse de él al cometer un acto indigno.

Pero doña Sol le dijo, mostrando su boca fresca y abierta:

—¿En qué está usted pensando, Gallardo?

—Pensaba en... lo... hermosa que es usted...—balbució el torero.

Y saturado de deseo fué de nuevo a estrechar en sus brazos a la aristocrática y tentadora sirena. Pero retrocedió otra vez como si el verdadero amor simbolizado en aquella rosa caída le acusara de su intento.

Doña Sol fué hacia él un poco contrariada por aquellas muestras

de timidez del torero, pisoteó como de modo involuntario la flor que le cayera a éste y le ofreció una rosa roja, de un rojo sangriento, que prendió en su solapa.

—Señora, es tarde... Debo marcharme... No puedo continuar aquí...

—¿Pero, Gallardo, qué dice usted? ¿Marcharse ahora? No, no... Es usted mi invitado y no le dejaré partir.

Le miraba con languidez insinuante, perversa... Una mezcla de perfumes extraños que iban directamente a lo más íntimo de su ser estremecieron a Juanillo, sintiendo un desmayo de su voluntad...

¡Aquella criatura! Ella le rodeó el cuello con su perfumado brazo y le dijo con una laxitud enfermiza, después de haber acariciado sus hombros:

—Es usted un hombre fuerte... Tiene usted músculos de hierro...

Su mano sostenía una rosa de sangre que acercó a la otra flor que ella le había puesto poco antes, igualmente ardorosa y cargada de encendida pasión... Juntó las

dos flores como un símbolo de amor...

Y mirándole con ojos implorantes a tiempo que las dos rosas se confundían, los labios de ella buscaron los suyos, y Juan Gallardo, hombre al fin, incapaz de resistir

los mágicos encantos de una de esas sirenas aniquiladoras de voluntades, la estrechó con furor y la besó apasionadamente...

¡Rosas unidas... labios unidos!... ¡Amor!...



* * *

Carmen pasó un largo día de espera... Mientras entretenía su melancólica soledad leyó el periódico y pasó impresionada los ojos por esta noticia:

La sobrina del marqués de Moraima regresa a Sevilla.

Doña Sol regresó a Sevilla la semana pasada. Se dice que ya no adorna sus dedos la sortija que en lejanos tiempos llevó Cleopatra y que hoy luce un célebre torero...

Una extraña inquietud se apoderó de Carmen... Aquel suelto... aquella malévola insinuación... ¿Existiría algo entre Juanillo y

aquella dama de la que se contaban tantas aventuras?

Horas interminables, horas de espera para la amada que comienza a sentirse sola...

Carmen se sintió torturada aquel día por la ausencia extraña y prolongada del marido...

Y llegó la noche...

¡Larga noche... noche de silencio! ¿Dónde estaría él? ¡Si Carmen hubiera podido sospechar que el fiel Juanillo Gallardo se encontraba a aquella hora loco de pasión en los brazos de la mujer nacida para el mal y la muerte!

El torero regresó muy tarde a casa. Excusóse trivialmente de su

ausencia. Una reunión con unos amigos... Nada al fin... Y ella se hizo la ilusión de creer.

Llegó el nuevo sol... Y tras él otros y otros y los días fueron cayendo en el abismo del pasado.

Gallardo no era el mismo. La mala pasión que encendía su sangre y le había hecho caer en brazos de aquella mujer perfumada, le dominaba cuando se encontraba cerca de ella, pero luego, en horas de raciocinio y serenidad, la conciencia del torero le acusaba de estar realizando una acción inno-
ble.

¡Engañar de aquella manera a Carmen! ¡La pobre no se merecía ese trato criminal, ese engaño canallesco!... Y al propio tiempo el torero se preguntaba si era feliz con la otra. ¡No... no! La materia le empujaba a ella... pero su alma se reservaba siempre libre y ausente de la apasionada embriaguez. ¡No... no!... ¿Por qué no huir y alejarse de aquella mujer altiva y cruel que imponía su voluntad dominadora y férrea? Pero ella le besaba y sus labios sobre los suyos le hacían olvidar

su situación de muñeco favorito de una coleccionista de hombres.

Su amigo, "El Nacional", estaba preocupado. Hacía muchas semanas que el maestro no era el mismo. El carácter de Juanillo había cambiado. De franco, campechano y amable se había convertido en hosco y melancólico, dominado siempre por extraña preocupación.

Un día estuvo a visitarle y contempló su rostro en el que las huellas del cansancio iban señalándose en intenso relieve.

—¡Cómo te ha cambiado esa mujer!—le dijo—. No soy supersticioso, pero el día en que la conocimos fué de mal augurio. ¿No recuerdas? El entierro, primero; el gato negro, después...

—Es que tú no comprendes—contestó Juanillo—. Es terrible amar a dos mujeres... Amo ardientemente a Carmen, pero a la otra también la quiero.

Vió pasar a su esposa... y se quedó mirándola como agitado por el remordimiento. ¡Pobre Carmen! ¡Ella no merecía tal traición!

Con la punta de un cigarro prendió fuego a un puñado de fósforos, y "El Nacional" contemplando el rápido incendio que apagóse presto, dijo:

—El amor impuro es como la llama. Cuando se apaga no queda más que ceniza y remordimiento.

—"Nacional", ayúdame a luchar contra esa mujer que me fascina—suplicóle Gallardo.

—Debes ser fuerte, amigo mío.

Apártate de doña Sol... aléjate de ella... No la veas más... Es el gran remedio... Hay que evitar radicalmente su trato.

—Es verdad. Quiero escucharte. Romperé con ella. Iremos a la Rinconada a pasar unos días para alejarnos de aquí.

Y determinaron aquella huida que había de ser la salvación de Gallardo.



* * *

Doña Sol ofreció aquel día una elegante fiesta en sus salones... La aristocrática dueña de la casa hablaba con varias encopetadas damas a quienes ella había comunicado que el famoso torero Juan Gallardo asistiría a la recepción.

Juan Gallardo llegó al salón. Iba de etiqueta y sentía el deseo de romper definitivamente con su amiga.

Quedó un momento junto a la puerta viendo el grupo que formaba doña Sol con otras señoras. Llegó hasta él la conversación. Estaban hablando de su persona.

—Quiero que nos presentes al torero—decía una de las damas.

—No puede tardar... Es un muchacho muy interesante...

Una linajuda aristocrática protestó contra la intromisión del diestro.

—Sol, amiga mía, un torero está muy bien en una plaza, pero en un salón...

Gallardo sintió el insulto de aquellas palabras y de buena gana se hubiera marchado acto seguido de aquel lugar donde se le consideraba inferior. Pero ya doña Sol le había visto y se dirigía a él amablemente.

—¡Cuánto tardaste!... Creí que no venías...

—He oído lo que decían sus

amigas, señora... Me encuentro aquí fuera de mi lugar. Es mejor que me vaya.

—¡Qué tontería!... Ven conmigo, voy a presentarte...

Y el torero, sufriendo interiormente verdaderas torturas, fué presentado a toda aquella sociedad orgullosa y distinguida que le saludaba con cierta conmiseración, como si le hiciese un favor...

Y mientras él al lado de doña Sol iba experimentando el suplicio de formar parte de una reunión que le despreciaba, allá en su torre de marfil, el filósofo don Joselito seguía escribiendo cosas interesantes sobre la soberbia y el mal amor...

Terminada la fiesta, que a Gallardo le pareció interminable, quedaron únicamente en la casa el marqués de Moraima, doña Sol y el torero... El marqués saludó a su sobrina y al torero y se alejó... Quedaron solos en una pequeña estancia los dos amigos.

Él, severamente, quiso despedirse...

—No permito que te vayas, Juan...

Y quiso abrazarle, pero Gallardo, que comenzaba a sentir cierto aborrecimiento por ella, le dijo:

—Es mejor que no volvamos a vernos...

—¡Qué locura! ¿Serías capaz de renunciar a mí? ¡Con lo que yo te quiero!

Y sonriéndole audazmente cogió una de sus manos, la pasó alrededor de su cuello y acercando sus labios a los suyos dijo:

—Algún día quiero que me pegues con estas manos tan fuertes. Me gustaría que me maltratares.

La insaciable buscaba nuevas emociones. Su anormalidad sensual le exigía nuevas sensaciones y trataba de exasperar al torero para conseguir su nuevo capricho, haciéndoselo cada vez más suyo.

Gallardo pretendió retirar su mano, repugnándole ya aquella enferma de la materia, pero doña Sol, entregada a su morbosa crisis de sensualidad, hincó sus dientes en ella, mordiendo intensamente su piel. Oyóse un rugido de hombre herido, los ojos de Gallardo brillaron con un fulgor terrible, y sus manos, duras e implacables en

el acceso de furor motivado por la mordedura de la víbora, arrojaron brutalmente lejos de sí a doña Sol, que cayó aparatosamente en tierra, derribando en su caída un pedestal que sostenía un artístico jarrón con flores.

Luego, dejándose llevar de su cólera, tan ciego de ira como antes de pasión por ella, Gallardo maltrató de palabra y hecho a la caída, que agradecía aquella brutalidad lanzando sonoras carcajadas.

Y poco después, jadeante, horrorizado de sí mismo por haberse dejado dominar por el absurdo capricho de la perversa atormentada, huyó de aquella casa donde el ambiente estaba impregnado de su maléfica influencia.

Doña Sol, agitándose como una condenada en el suelo, se reía, se reía...

La histérica se gozaba en su triunfo.

Y estaba horrible con la fealdad del vicio desenfrenado...



* * *

El sol se ponía cuando Gallardo llegó a la Rinconada.

Le acompañaba su cuadrilla, pues todos los que la componían le querían entrañablemente y, como él, eran merecedores de buen reposo.

En el apacible lugar, lejos de las calamitosas realidades de la ciudad, encontraría Gallardo la tranquilidad de espíritu que le era tan necesaria.

Aunque comprendía que el recuerdo de doña Sol, la perversa, la endemoniada mujer, había echado hondas raíces en su pecho, lucharía con todas sus fuerzas para

librarse de su nefasta influencia, volviendo a ser libre, completamente dueño de sí mismo, como antes, como siempre hasta que se tropezó con ella en su camino de laureles.

El amor de la carne es uno de los vicios más repugnantes y también acaso el más difícil de corregir de todos los vicios. Es un fuego que roe hasta las entrañas sin piedad, y cuantos esfuerzos se hacen para sofocarlo no consiguen sino reavivarlo poderosamente.

¡Infeliz del cuitado que cae vendido entre los brazos mentirosos de una mujer! Si es noble, dejará

de serlo; si es villano, descenderá todavía más la escalera de la indignidad.

“Querer es poder” reza el proverbio y reza mal, en ciertos casos, cuando una pasión invade la sangre que corre por las venas del que quiere y en vano pretende poder.

Gallardo, a fuer de sincero, no se hubiese atrevido a asegurar que olvidaría a doña Sol. Se limitaba, y era discreto, a desear olvidarla.

¿Lo conseguiría?

¿Dominaríale la pasión arras-trándole como un pelele hacia donde ella estuviere?

Del dicho al hecho...

Detrás mismo de Gallardo y su cuadrilla llegó a la Rinconada un lujoso automóvil de turismo que se detuvo frente a la casa.

El chofer de dicho automóvil • apeóse y levantando la tapa del motor buscó la avería que acababa de producirse en el funcionamiento.

Gallardo y sus amigos se acercaron al coche, sin duda para ofrecerse a ayudar al chofer en lo que

buenamente pudieran, y de súbito Gallardo vió asomarse por la ventanilla del lujoso vehículo una mano blanca, suave y perfumada de mujer.

Su corazón dió un brinco en su pecho.

¡Aquella mano!

La recordó... y el placer y el dolor se hermanaron en su pecho.

A continuación de la mano, que se ofreció probablemente a la vista de Gallardo como anticipo de la sorpresa que su dueña le reservaba, apareció en el marco de la ventanilla la arrogante figura de doña Sol.

¿Por qué había venido esa mujer?

La bella, ante la turbación del torero, apeóse y le dijo, sonriéndole con sus ojos que quemaban:

—Me dirigía a la dehesa de mi tío, y, ya ve usted, al *auto* le dió por desmayarse.

Gallardo reaccionó, venciendo sus temores al verse de nuevo ante ella cuando lo que había buscado era estar separado de su lado, y, caballero al fin, olvidó la violencia empleada con ella en su última

entrevista y se puso a su disposición.

Doña Sol continuó:

—Supongo, Gallardo, que mientras reparan mi coche me invitará usted a probar un bocado.

—Vayamos a mi casa, señora, si es su gusto, y en ella tendrá usted cuanto pida... y cuanto haya en ella.

—Muchas gracias...

Y se dirigieron hacia la casa, seguidos por la cuadrilla cargada con las maletas y maletines de la importuna y antipática mujer, cuya intención de no dejar vivir en paz a Gallardo adivinaban claramente "El Nacional" y los otros compañeros, pero muy especialmente "El Nacional".

¡Ah, la maldita! ¿Por qué jugaba de aquel modo con Gallardo? ¿Qué buscaba en él? ¿No sabía que era casado y que tenía una mujercita que valía mil veces más que ella?

Gallardo pensó, empequeñecido otra vez ante la bella pecadora, que tal vez ésta iba a la dehesa de su tío para tener ocasión de verle en su propiedad y proponer la re-

conciliación, arrepentida de lo ocurrido entre ella y el torero por su culpa, y sin poder remediarlo sintió una íntima satisfacción.

Al llegar a la casa, doña Sol, so pretexto de quitarse el polvo del camino, expresó el deseo de subir a las habitaciones particulares, y ante la sorpresa y preocupaciones de sus satélites Gallardo accedió a tal pretensión y fué tras ella.

"El Nacional" vomitaba interiormente improperios contra la intrusa, que era peor que "Perdigón", el miura que mató al "Espartero", y sus compañeros le imitaban.

¡Si se atrevieran, despedazarían a aquella mala hembra no dejando de ella ni la sombra!

Pero doña Sol, convencida de su dominio sobre Gallardo a pesar de lo ocurrido, subía tranquilamente las escaleras que conducían a las habitaciones superiores, fija en su mente, con todas las agravantes, una maquiavélica idea...

Al llegar ante uno de los dormitorios, Gallardo dijo a la bella:

—Esa es la habitación de mi esposa.

Se la ofrecía sin doble sentido, noblemente, como a una huéspedada necesitada de asilo por circunstancias especiales.

Podría arreglarse en dicha pieza y luego esperar en el comedor la reparación del coche.

Doña Sol fingió agradecer la fineza del torero y repuso, desconcertándole con sus atrevidas miradas:

—¿Sí? Pues si el *auto* no ha sido preparado antes de la noche, tendré que quedarme aquí.

Gallardo tembló. ¡Aquella insinuación!... Iba a contestarle que ponía a su servicio su coche particular, pero no se atrevió a hacerle tal oferta.

¿Por qué?

El peligro, cual profundo abismo, le atraía nuevamente.

¡Estaba aún fatalmente preso en la cárcel del deseo!

Mientras, en su casa, Carmen recibía a varias amistades, entre las que se hallaban sus cuñados.

Antonio, indiscreto, llevó la conversación hacia Gallardo y cometió la imprudencia de nombrar también a doña Sol.

—No deja de ser una coincidencia el que la bella viuda haya ido a la dehesa de su tío cuando Juan está en la Rinconada.

Aquella revelación fué una puñalada para Carmen.

Todos se miraron sorprendidos. ¿Qué suponía Antonio?

Cuando quedaron solos, la viuda Gallardo y Carmen comentaron la coincidencia apuntada por Antonio y decidieron averiguar lo que había de cierto en la misma...



EL VENENO DE LOS CELOS

Doña Sol pasó la noche en la Rinconada, ocupando la alcoba de Carmen...

A la mañana siguiente y a la hora del desayuno la pecadora no había aparecido aún en el comedor donde se hallaban Gallardo y su cuadrilla en torno a la mesa sobre la que estaba servido ya el desayuno.

De pronto llegó a la casa la noticia de que el "Plumitas" rondaba por allí, y todos experimentaron el natural sobresalto, temerosos de sus hazañas; y como medida de precaución aseguraron el cierre de la puerta.

A poco el bandido llamaba a dicha puerta, y Gallardo, sin miedo alguno fué a franquearle el paso.

¿Qué querría de él aquel hombre fuera de la ley?

Cobarde hubiera sido negarle la hospitalidad que iba a pedirle cuando eran tantos los hombres que se hallaban en la casa para hacerle frente en caso necesario.

Por las buenas los hombres se entienden... Podía, pues, pasar adentro el bandido.

El "Plumitas" mostróse afable con todos y dijo al torero:

—Enterado de que estaba usted aquí, maestro, vine a felicitarle.

Yo le vi matar el primer toro y desde entonces me une a usted una viva simpatía.

La tranquilidad reapareció en el ánimo de la cuadrilla al comprender que el perseguido por la justicia venía en son de paz, deseando empero que se marchase pronto.

Gallardo agradecióle su atención, y al poco descendió al comedor doña Sol.

El "Plumitas", maravillado, saludó a la hermosa, a quien conocía:

—Buenos días, doña Sol. No esperaba este honor.

Ella, halagada, premió su galantería con sus clásicas sonrisas y el pecho del bandido se dilató de satisfacción.

Gallardo, celoso o sencillamente temeroso por ella, acercóse a doña Sol y le dijo quedamente:

—Es mejor que tomes el desayuno arriba.

—¿Y por qué no aquí, con tus invitados?—replicó la coqueta.

Sentóse con Gallardo y el "Plumitas" a la mesa, colocándose en el sitio de honor y entre los dos hombres, y durante la comida di-

rigió sus coqueteos al bandido, que era para ella un tipo de hombre que todavía no conocía.

—Dígame, "Plumitas"—inquirió súbitamente—, ¿a cuántos hombres ha matado usted?

Indiferente, entregado al placer gastronómico, que era su flaco, el bandido contestó:

—Perdí la cuenta, señora... Treinta o cuarenta...

Un frío temblor estremeció a los oyentes, en tanto que la peligrosa mujer contemplaba con admiración al criminal.

Terminado el desayuno, el "Plumitas" despidióse de la bella y del torero, y dijo a éste, con simpatía:

—Don Juan, usted y yo tenemos mucho parecido; solamente que a usted le aplauden y a mí me persiguen.

Gallardo le ofreció una cantidad de dinero, pero el bandido, rechazándosela, manifestó:

—Le agradeceré que me brinde un toro el día que me vea en la plaza.

Gallardo estrechóle la mano y le contempló partir.

Doña Sol, colocándose frente a

“Plumitas”, envolvióle en sus endiabladas miradas y puso en sus manos una flor, diciéndole:

—Mi tributo a su valentía.

El bandido besó la flor y salió de la casa sonriendo a la encantadora mujer. ¡Soberana hembra! ¡Si la volviera a encontrar!...

Gallardo, roído por los celos, se encerró en doloroso mutismo.

Doña Sol, insaciable en su afán de atormentarle, destiló en sus oídos su veneno.

—Tu amigo el bandido es muy simpático. Podría seguirle si quisiera, pues la avería de mi *auto* fué un ardid, Juan Gallardo.

—¡Ah, falsa! ¡Te guardarás de hacerlo.

—¿Quién eres tú para impedírmelo?

En aquel momento llegaron a la casa Carmen y la viuda Gallardo.

La aparición de las dos queridas mujeres hizo palidecer al torero.

¿Qué pensarían de él viendo allí a doña Sol?

Las dignas mujeres miraron con

infinita amargura a Gallardo y con desdén a la hermosa viuda. Ésta, por su parte, gozándose morbosamente en la pena de aquellos tres seres, sonrió con cinismo, y, no contenta aún con la venganza que tomaba de los desdenes del torero, quiso que éste le diera una prueba más, delante de las dos mujeres, de que seguía bajo su poderoso influjo. Para ello dejó caer al suelo su bolso y miró a Gallardo invitándole a recogerlo.

La madre y la esposa del torero le miraron a su vez prohibiéndole humillarse con la infame, pero para su dolor vieron como él doblaba su cuerpo y recogía el bolso...

Doña Sol ya no podía pretender más del torero. Hizo de él cuanto quiso hasta que llegó el hastío, y ahora podía dejarlo avergonzado y dolorido a su esposa.

Y salió de la casa burlándose impíamente de todos...

Gallardo sufrió el rigor de su madre, que se lamentaba de no poderle perseguir como en su adolescencia con una escoba, para devolverle al buen camino, y amoroso y

sumiso habló a Carmen, que lloraba sin consuelo.

—No puedo darte explicaciones, porque no me creerías, pero quiero que me perdones.

Se lo pedía de rodillas con sincera contrición.

Ella esquivaba su contacto.

—Tú no puedes comprender, pero en la vida del hombre hay dos amores, uno bueno y otro malo.

Fué inútil su ansia de perdón: Carmen sufría demasiado para olvidar.



* * *

Había pasado un año.

El desengaño sufrido transformó a Gallardo, llevándole por la pendiente de la bebida y otros excesos, y sus extravagancias eran del dominio público.

Cierto día recibió una carta de Carmen en la que le pedía que se retirase del toreo.

Enterado de ello, "El Nacional" protestó.

—¡Cortarte la coleta antes de los treinta! ¡Imposible!

Don José apoyó al "Nacional".

—¡Figúrate! ¡Si no tienes un céntimo!

—Es verdad... es verdad...— reconoció Gallardo. Y levantándose, necesitado de aire puro, salió a la calle, tambaleándose.

¡Cómo había cambiado el gran torero!

* * *

Aquella tarde Gallardo tomaba parte en una gran corrida.

La plaza estaba llena de bote en bote.

Uno de los palcos fué ocupado por doña Sol acompañada de un caballero.

Gallardo la vió y un intenso temblor agitó todo su ser.

¡Ella! ¡La... maldita!

En un tendido de sombra se hallaba también el "Plumitas".

El pasado atormentaba a Gallardo y le hacía vacilar.

"El Nacional", que le estuvo observando, comentó con un compañero:

—A Gallardo le sucede algo. Nunca le he visto torear tan mal.

Era cierto, y el público no dejaba de notarlo, sorprendido y disgustado.

Carmen, como si hubiese presentido que un grave peligro amenazaba a su marido, fué a la plaza. Antonio, su cuñado, que se hallaba en el patio de la plaza con el filósofo don Joselito, la vió y le dijo:

—¿Por qué has venido? Espera, voy a avisarle.

Precipitóse hacia el callejón y Carmen gimió, confiándose con don Joselito:

—¡Oh! ¡Juan está en peligro! Voy a rezar por él.

Dirigióse a la capilla de la plaza y arrodillóse ante la Virgen,

suplicándole no permitiese que le ocurriera nada a su pobre Juan.

En aquellos momentos Gallardo, cumpliendo la palabra que un día le diera, brindaba su toro a "Plumitas".

Y empezó la faena, cuando bruscamente vió a dos guardias civiles lanzarse en persecución del bandido, al que acababan de reconocer.

Gallardo se sintió presa de un terror extraño. Le temblaban las piernas y se sentía desfallecer.

"El Nacional" sudaba de angustia.

Y de repente, al iniciar un pase de pecho, ocurrió la tragedia a

que lo condujo la visión de doña Sol con otro hombre y la encarnizada persecución del bandido: el toro hundió su mortífera arma en el cuerpo de Gallardo y éste fué aparatosamente derribado.

Millares de gargantas, como una sola, manifestaron su horror.

El infeliz torero fué recogido del ruedo y trasladado a la enfermería.

Carmen le vió en brazos de sus amigos y creyó morir de desesperación.

¡Oh, lo había presentido!

Y todo fué inútil.

Todo había terminado.

Gallardo ya no existía.



* * *

Alguien fué a dar a doña Sol la triste noticia, pero la perversa apenas se inmutó, no importándole ya nada el torero.

Don Joselito, lleno de amargura, murmuró junto al "Nacional", mientras el público olvidaba la desgracia entregado a la emoción de la faena del matador que se encargó de acabar con el toro que no pudo matar Gallardo:

—¡Pobre torero!

Y mirando a la plaza, en cuyo

ruedo acababa de expirar el toro, añadió:

—¡Pobre toro!

El sol inundaba torrencialmente la arena, en la que brillaba la mancha roja de la sangre inocente, y sobre ésta cayó más arena para que la fiesta, la bárbara contienda por la gloria y la fortuna—¡ay, tan efímeras!—no se interrumpiera...

El aplauso del mundo es como el capricho de una mujer.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

LA PRECIOSA NOVELA

ÁGUILAS TRIUNFANTES

por ROD LA ROCQUE

BASADA EN LA CÉLEBRE NOVELA
EL CAPITÁN GÉRARD

SEA USTED COLECCIONISTA DE LA SELECTA

BIBLIOTECA "NUESTRO CORAZÓN"

Publicación quincenal de novelas sentimentales de reputados autores

NÚMEROS PUBLICADOS:

Núm. 1. **La que se hizo amar**
por MARCEL PRIOLLET

Núm. 2. **Nada se borra**
por MAX DERVIOUX

Núm. 3. **La esposa y la amiga**
por JOSÉ BAEZA VALERO

Núm. 4. **El hombre que no servía para nada**, por JORGE CLARY

Núm. 5. **La falta del hombre**
por RENÉ TROTET DE BARGIS

Núm. 6. **Mujeres...**
por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Núm. 7. **Lecciones de la vida**
por FÉLIX LÉONNEC

Núm. 8. **La Primavera reflorece**
por MICHEL NOUR

Núm. 9. **El señor Francisco**
por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Núm. 10. **Alas rotas**
por ANDRÉS BAYÓN BELÍO

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—**El Gran Desfile**, por John Gilbert y Renée Adorée.—**Miguel Strogoff o El Correo del Zar**, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—**La princesa que supo amar**, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—**El coche número 13**, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—**Sin familia**, por Leslie Shaw.—**Mare Nostrum**, por Alice Terry y Antonio Moreno.—**Nantás, el hombre que se vendió**, por Lucienne Legrand y Donatien.—**Cobra**, por Rodolfo Valentino.—**El fin de Montecarlo**, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—**Vida bohemia**, por Lillian Gish y John Gilbert.—**Zazá**, por Gloria Swanson.—**¡Adiós, juventud!**, por Carmen Boni.—**El judío errante**, por Gabriel Gabrio.—**La mujer desnuda**, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—**Casanova**, por Ivan Mosjoukine.—**Hotel Imperial**, por Pola Negri.—**La tía Ramona**, por Luisa Fernanda Sala.—**Don Juan, el burlador de Sevilla**, por John Barrymore.—**Noche Nupcial**, por Lily Damita.—**El Séptimo Cielo**, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—**Beau Geste**, por Ronald Colman.—**Los Vencedores del Fuego**, por Charles Ray y May Mac Avoy.—**La Mariposa de Oro**, por Lily Damita.—**Ben-Hur**, por Ramón Novarro.—**El Demonio y la Carne**, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—**La Castellana del Líbano**, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—**La Tierra de todos**, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—**Trípoli**, por Esther Ralston y Charles Farrell.—**El Rey de Reyes. La ciudad castigada**.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Exclusiva de venta para España: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21. — Irún: Ferrocarril, 20.

FB

D.Y.L.

Precio: 1'50 ptas.

32.
23.

AS AN O R E N A

EDICIONES ESPECIALES DE
La Novela Semanal Cinematográfica